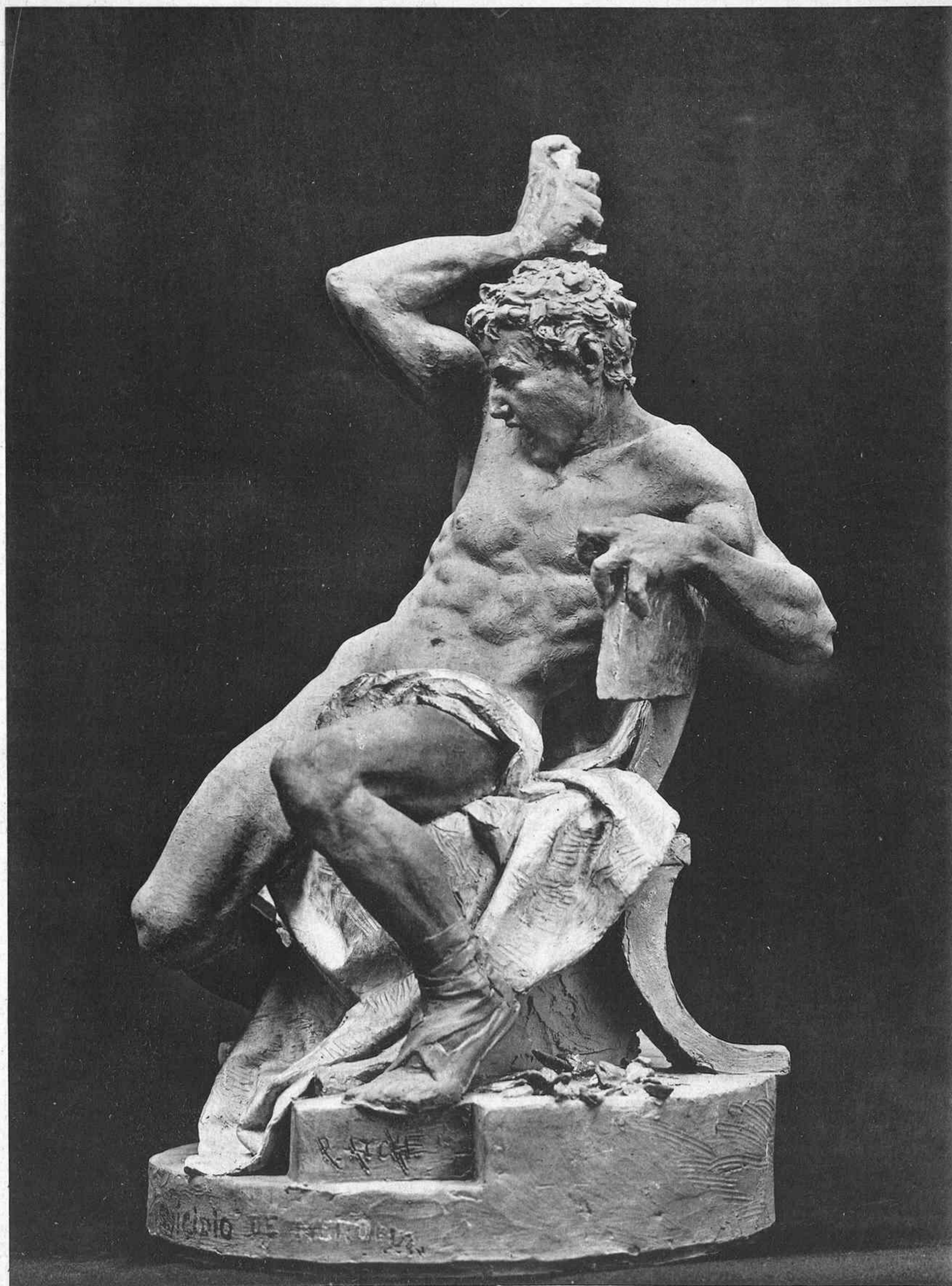


La Ilustración Artística

Año XV

← BARCELONA 10 DE FEBRERO DE 1896 →

Núm. 737



SUICIDIO DE NERÓN, boceto de Rafael Atché
(Salón Parés)

SUMARIO

Texto. — *Murmuraciones europeas*, por Castelar. — *El Apostolado. El retablo de El Espinar*, por R. Balsa de la Vega. — *Cuento del Paraiso*, por G. Droz. — *Algunas anécdotas de Chopin*, por X. — *El diablo y yo. Fantasia carnavalesca*, por Juan Buscón. — *Nuestros grabados. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — En busca de un ideal* (continuación). — **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La fotografía al través de los cuerpos opacos.*
Grabados. — *Suicidio de Nerón*, boceto de R. Atché. — *Un idilio*, cuadro de Alma-Tadema. — *Pierrette*, cuadro de F. Masriera. — *Disponiéndose para la excursión*, cuadro de R. Lorenzale. — *D. José Gamir y Maladeñ*, *D. Juan Francisco Camacho*, *D. Vicente Palmiaroli* y *D. Federico Ochando*, cuatro retratos. — *El profesor Guillermo Conrado Roentgen* y cuatro grabados de *La fotografía al través de los cuerpos opacos.* — *Alegoría de la Música*, por Ramón y Julio Borrell.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Movimiento literario en España. — Nuevos dramas estrenados en los teatros últimamente. — *La mujer de Loth*. — Los matrimonios desiguales y las supersticiones aristocráticas. — *Doña Perfecta*. — La cacique neocatólica. — Desarrollo del drama. — Los curas en la escena. — Combate de pasiones. — Catástrofe. — Una recepción académica. — Discurso del señor León y Castillo. — Discurso del señor marqués de la Vega de Armijo. — Reflexiones. — Conclusión.

Los torrentes de luz, las irradiaciones de magnetismo y electricidad, el cruce de rayos etéreos, el río de astros ó vía láctea, los vuelos de aerolitos en deslumbradores enjambres, el espacio donde los seres se dilatan y que nos presta sus fluidos, todas las grandezas cósmicas no pueden acercarse, á pesar de sus resplandores, á las ideas, porque donde comienza el pensar, comienza también lo espiritual, es decir, algo de divino, algo superior á la realidad y á la naturaleza. Un latido del corazón humano tiene más valor que pueda tener un movimiento de los orbes, tan fatal como las oscilaciones del péndulo, ciegas, necesarias, obedientes á fuerzas superiores é incontrastables. Una inspiración resplandece más que los crepúsculos y que las fosforescencias y que el calor, á cuyos esplendores y llamas la vida universal arde. No vemos el pensamiento, no lo tocamos, aunque lo sentimos y conocemos; pero el espacio todo es puro pensamiento, y en el pensamiento y por el pensamiento los eternos tiempos transcurren. ¿Qué son la cuenta del tiempo y qué la medida del espacio sino puras ideas matemáticas? Así creciendo las ciencias, que se hallan en la razón, y creciendo las artes con las letras, que se hallan en el sentimiento, y que aparecen unas y otras como núcleos y condensaciones del ideal, á manera que los soles aparecen como núcleos y condensaciones del éter, aumenta nuestro espíritu; y al aumento del espíritu aumenta el universo, y al aumento del universo las ideas y los objetos, las criaturas y el Criador se identifican en lo eterno del tiempo esclarecido por luminosas inspiraciones y en lo infinito del espacio animado por la llama de lo ideal. Comprendamos que cada grande obra de arte ó ciencia ó poesía es una buena obra, como las mayores benéficas ó morales, y parémonos á contemplar cuanto de artístico y científico aparezca por cualquier minuto del tiempo y rincón del espacio, en la seguridad completa de que todas las espirituales creaciones cooperan y sirven al progreso y bienestar de nuestra especie.

Dos estrenos de obras dramáticas y dos discursos de recepción en Academia hemos contado durante las semanas últimas, dignos de despertar el público interés y merecer la crítica literaria. Los dramas son el muy esperado de Sellés, que nos ha puesto en escena *La mujer de Loth*, y el más conocido, por su argumento, de Galdós, *Doña Perfecta*, interesantes uno y otro á causa del renombre y fama de sus sendos autores: son los discursos el admirablemente compuesto del Sr. León y Castillo sobre necesidad de la intervención real en los pueblos de comicios falseados, y la reflexiva respuesta del señor marqués de la Vega de Armijo, escuchados ambos con grande satisfacción por selecto público en el salón de solemnidades y ceremonias del célebre Palacio de los Lujanes, que ocupan los académicos de Ciencias Políticas en Madrid. Sellés no ha menester presentaciones de nadie y menos loas, pues todo el mundo lo conoce y alaba. Pensador en armonía y consonancia con el espíritu y el carácter de su tiempo, encierra las ideas de progreso en habla clásica, base firme de un estilo, esmaltado á la manera conceptuosa y concisa de los mayores publicistas y literatos del siglo décimoséptimo. Así las obras suyas no se reducen á recrear enseñando, trascienden á más altas empresas y se proponen fines más universales y más útiles. De aquí una idea muy feliz, la idea de presentar el número de tropezos en que caen y las enormes catástrofes á que se arriesgan los empeñados en mirar atrás de continuo, desconociendo los derechos que sobre la vida y sobre

la idea tienen lo porvenir y lo presente. Las bibliotecas y archivos por habitación, las antigüedades por adorno, los pergaminos por títulos, el retrato de los muertos por compañía, las panoplias llenas de armas enmohecidas por timbres, el sepulcro de los antepasados por única raíz de los vivos, prestan á ciertas familias nobles el aspecto de los edificios ruinosos y de los monumentos destrozados, cuyas piedras ofrecen humedad á la cicuta y asilo al buho. Sellés ha presentado tales familias al público en el magnífico primer acto de su drama con un relieve y una verdad incontestables. El capellán, el general, aquella gran dama viuda, los pleitos por mayorazgos viejos, los entroncamientos de nobiliarios árboles entrelazados con las genealogías del rey que rabió, ofrecen todo el aire de las momias y de las petrificaciones, mientras los niños dejan el albergue de la cuna y requieren gorjeando el alba de nuevos días, ó los jóvenes se enamoran en la santa igualdad propia del amor que acorta todas las distancias sociales y burla todos los heredados blasones. El joven aristócrata debe casarse con una prima, joven también como él y también aristócrata, por conveniencias de familia y arreglos de pleitos. Pero el noble se ha enamorado de una institutriz y la joven de un pintor, uno y otra pobres y plebeyos. He aquí el combate dramático: los aristócratas puestos en la cruel alternativa de faltar á sus rancias supersticiones ó malherir para toda su vida el corazón de los hijos, á su vez puestos en la cruel alternativa de faltar á su familia ó faltar á su corazón. Imposible idear nada más dramático, ni ofrecerlo con mayor movimiento é interés en el primer acto. Yo sé decir de mí que me quedé como enajenado por completo de mi propia persona en todo el transcurso de tal acto y como absorbido en los personajes: resultado sólo asequible por un sumo arte dramático. Si mantuviera Sellés á semejante altura los dos actos consecutivos, colocara *La mujer de Loth* sobre pedestal tan eminente de suyo en el teatro español como el que hoy ocupa su *Nudo Gordiano*. ¿A qué debemos atribuir el descenso de interés en los dos actos consecutivos? Primeramente á que llega el desenlace de todo aquel dramático enredo al primer acto, cuando los jóvenes aristócratas aceptan casi las nupcias entre sí mismos y no aquellas otras nupcias con que habían soñado. Vencida esta dificultad, apenas hay combate ya, y por ende apenas hay drama. Seguidamente aparecen varios protagonistas en la obra que desmenuzan el interés único. No es mujer de Loth allí tan sólo aquella noble que repugna y maldice los matrimonios desiguales y la mezcla de sangre azul con otra sangre de color menos patricio; es mujer de Loth la institutriz mirando siempre á su madre; mujer de Loth la madre de esta institutriz refiriéndose á las desgracias y deslices de su juventud sin descanso; mujeres de Loth cuantas atraviesan el escenario y componen el drama. Luego, mientras desde los primeros momentos la general atención se concentra y fija en el mayorazgo de la casa y en la institutriz, los dos enamorados, quedando los otros dos novios, la joven aristocrática y el pintor, en segundo término; al acto final, quedan en segundo término los antes verdaderos protagonistas y ocupan el primer lugar los segundos, incapacitados por completo de mantener sobre sí la general atención, que se va por misteriosa incontrastable fuerza con los otros. He aquí las principales equivocaciones del autor ilustre, que no empece al brillo y resalte de los aciertos, consistentes en la copia de ideas y en la hermosa de frases y en el esmero literario, prometiéndonos todo ello, aplaudido por los espectadores con entusiasmo, una obra futura vaciada en tan preciosos moldes.

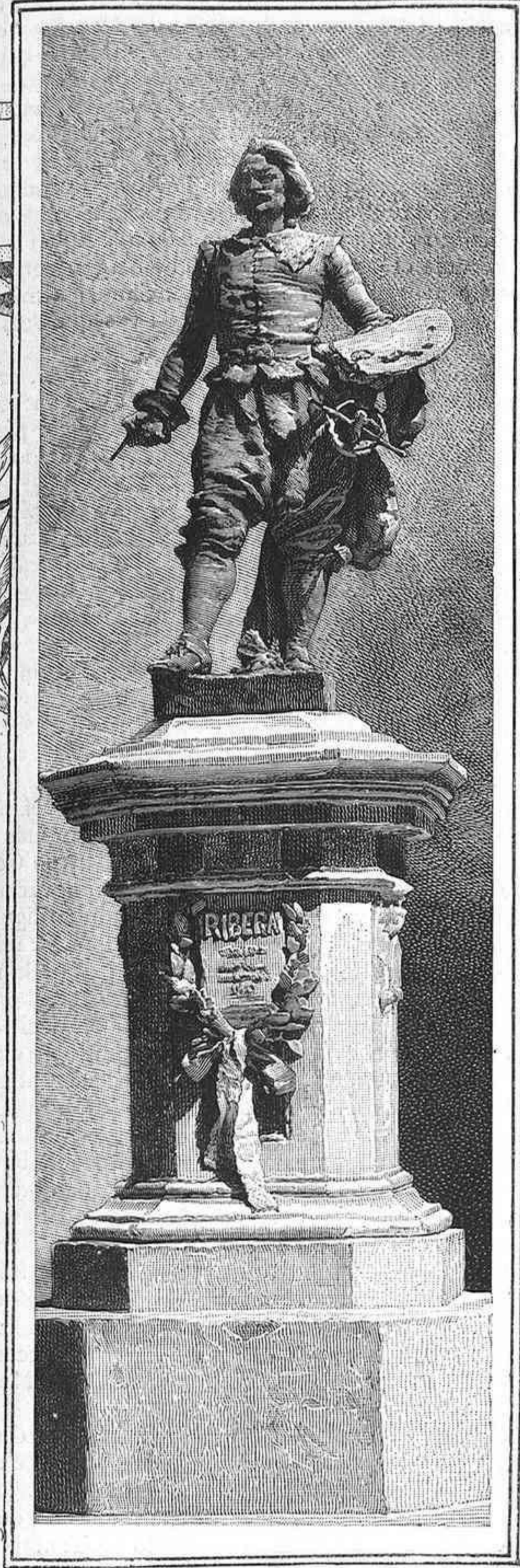
El drama de Sellés ofrece muchísimos puntos de relación y de congruencia con el drama de Galdós. Parécense las mujeres que atrás convierten los ojos y las caciconas absolutistas que truecan la población donde imperan en monasterio, su término y cercanías en mayorazgo, sus autoridades en cortejo propio, sus habitantes en monjas y frailes defendidos por guerrilleros y trabucaires, para que tamaño poder, espiritual y temporal á un tiempo, disponga también de su ejército correspondiente, que mantenga con el esfuerzo coercitivo de sus brazos las creencias más supersticiosas dentro de almas, las cuales anidan en las tinieblas de los panteones y viven de las podredumbres de los sepulcros. No se puede por modo más inspirado y por desempeño más sabio presentar en las tablas tamaño prototipo de reacción, que abunda por España. Este drama nos ha mostrado en lo rápido y fácil de su natural acción, en lo pensado y lógico de sus socorridos recursos, en lo bien aparejado y apercebido de las situaciones supremas, en el movimiento é impulso dado á sus personajes, como puede llegar Pérez Galdós con el transcurso de sus nuevos ejercicios literarios y con las experiencias

adquiridas en sus tenacísimos combates á ocupar dentro del teatro contemporáneo un sitio tan alto como el que ocupa dentro de la novela, donde ha ligado su personalidad y su nombre al esplendor y gloria de la literatura moderna. Una dificultad ha vencido, vadeándola con suma destreza: la presencia en escena del director espiritual de Doña Perfecta. No corren aquellos aires que avivaban indignaciones como las promovidas por el fraile Froilán en Carlos II el Hechizado. La democracia se ha unido en tales términos con la Iglesia, que reconoce y proclama el derecho en las almas henchidas por un verdadero misticismo de consagrarse á la oración y á la penitencia. Ahora no se persigue á los frailes; se reedifican los conventos. Presentar al confesor de Doña Perfecta con relieves de muchísimo bulto y colores de grande crudeza, hubiera tenido estos dos inconvenientes insuperables: primero, indisponer al público todo con la obra; y segundo, eclipsar tras el motor verdadero y único de las acciones aquellas á la protagonista, que debía ocupar el foco de la elipse del drama y atraer á sí la general atención y la viva curiosidad. El único lunar encontrado por mí en obra tan acabada y preciosa se halla en que, por acelerar el desenlace, cuando el magistral tercer acto nos ofrece conjura tan bien desarrollada, en vez de parir esta formidable maniobra una guerra civil, aborte un vulgar asesinato. Mas no hay que dudarle: el drama, como la novela de Galdós, es una obra maestra.

Festividad ciertamente de otro género, mas no de inferior importancia, nos ha ofrecido la corporación oficial conocida con el nombre de Academia de Ciencias Morales y Políticas. Entraba en ella orador de tanto fuste como León y Castillo, contestándole prócer de ideas tan liberales como el marqués de la Vega de Armijo. Estas circunstancias, sumadas con el recreo que procura siempre al ánimo y al espíritu una festividad literaria ó científica, debieron ser parte para que asistiese al acto crecida concurrencia de académicos. No fué así: ni en el salón ni en el estrado correspondía el público á la importancia de aquella recepción y al mérito de aquellos oradores. Cuando yo recuerdo una festividad literaria del Instituto de Francia y la comparo con cualquier festividad, la más concurrida y celebrada de nuestras academias, no puedo dejar de lamentarme del estado de indiferencia en que nos cogen ahora las manifestaciones del pensamiento contemporáneo, por cuya libérrima expresión mantuviéramos cien combates y consumáramos innumerables sacrificios. ¡Cuidado que interesaba oír en el seno de la ciencia, tranquilo y luminoso, á un orador tan varonil, tan enérgico, tan de combate como el Sr. León y Castillo! Su tesis porfiaba en importancia con el mantenedor. Como de todo cuanto se usa, también se abusa, y como todo cuanto se ejercita en este mundo, también se gasta, el régimen parlamentario pasa por un período triste de patente descrédito, el cual período no puede mucho durar, porque nunca encontrarán los hombres medio mejor de gobernarse á sí mismos dentro del propio natural suyo y del natural correspondiente que prestan ellos á las humanas sociedades. Para corregir los muchos males de que tal régimen adolece hoy entre nosotros, propone León y Castillo un aumento de intervención regia en los negocios públicos y propone Vega de Armijo un ensayo de apelación al *Referendum*, es decir, al voto y veto directísimo del pueblo, sancionando las leyes ó rechazándolas. Declaro que no estoy ni por tanto rey como nos receta el señor León y Castillo, ni por tanto pueblo como nos receta el señor marqués de la Vega de Armijo. Ni hemos tomado tantas precauciones contra el instituto de casta y privilegio llamado Monarquía, para devolverle viejas influencias, so pretexto de que se hallan las elecciones corrompidas, en remedio de lo cual nada podrá el rey hacer, mientras lo podrán todo las costumbres; ni la democracia se halla en la madurez indispensable para del régimen representativo y de pura delegación ascender al gobierno directo. Así rechazamos uno y otro remedio por improcedentes. Con el remedio propuesto por León y Castillo retrocederíamos al período realista; y con el remedio propuesto por Vega de Armijo caeríamos en el plebiscito cantonal y comunero. No asiento, pues, ni á uno ni á otro remedio. Pero mi disentiendo de los oradores no empece á la estimación de los discursos. El estilo sobrio y enérgico, la entonación robusta, el pensamiento concreto, la observación profunda, el toque pronto y acertado avaloran la muy aplaudida lectura del discurso de León y Castillo, mientras una sabia experiencia, un sano consejo, un estudio prolijo, una verdadera nitidez de frase y de idea resaltan en la obra del señor marqués de la Vega de Armijo. Reciban uno y otro mi cordial enhorabuena.

Madrid, 3 de febrero de 1896.

10 de Febrero de 1637



EL APOSTOLADO

EL RETABLO DE EL ESPINAR

10 (?) de febrero de 1637. - 12 de febrero de 1574

Celebradas figuras de José Ribera el Spagnoletto. - Notabilísimas pinturas de Sánchez Coello

Cuéntanse más de cinco «Apostolados» todos verdaderas obras maestras, de mano de Ribera. Para la iglesia de la cartuja napolitana de San Martín (hoy desaparecida) pintó la *Sagrada Cena*; para el mismo convento ejecutó las figuras sueltas de los doce discípulos de Jesús; para otro monasterio de Italia volvió a pintar las mismas figuras; y por último, para distintos palacios é iglesias hizo numerosos retratos - como dice con gran inocencia un crítico italiano - de los apóstoles, especialmente de San Pedro, San Pablo, San Mateo y San Juan.

El Museo nacional de Madrid posee doce lienzos con las efigies de los apóstoles; de éstos los más notables son San Pablo y San Pedro. Pero existe una duda respecto de la fecha precisa en que Ribera ejecutó el primer *Apostolado*. Sabido es que las maneras ó estilos del *Spagnoletto* son dos; una, que le distingue en las obras que produjo hasta los veinticuatro ó veintiséis años; la segunda, que murió con él. Mas á pesar de reconocerse esos dos estilos en la obra de Ribera, solamente por la firmeza del dibujo, por el dominio del natural, que se advierte en sus cuadros de la edad madura, puede venirse, las más de las veces, en conocimiento, no del año, sí de la época en que ejecutó las numerosas pinturas que de su mano se conservan repartidas por Europa. Pues confieso ingenuamente como no sé distinguir, por sólo el exa-

men del color y de la factura, el primero del segundo ó definitivo estilo del gran artista valenciano.

Ni creo que sea fácil establecer esa distinción ateniéndose solamente al color. El carácter de Ribera, impetuoso, fiero, aun cuando no odioso, como nos cuenta más de un crítico francés; amigo de la verdad, especialmente cuando ésta da vida á escenas de terror y de muerte, encuentra en la manera del Caravaggio la fórmula plástica que más concuerda con su modo de sentir el arte. Y cuenta que estudió al Caravaggio hasta la edad de veintidós años. Muerto el maestro, la miseria, el infortunio en todos sus aspectos, hizo más sombrío de lo que era el carácter del *Spagnoletto* y se acentuó por lo tanto su estilo fiero y brutal, que no dulcificó jamás.

Doy todas estas explicaciones antes de exponer cómo he podido averiguar la fecha del primer *Apostolado* que de Ribera se tiene noticia, porque entiendo que son precisas para determinar con claridad el temperamento artístico y el valor de la obra toda del célebre maestro.

**

Comenzó Ribera á pintar por *encargo* á poco tiempo de haberse casado con la hija de un mercader de cuadros, napolitano; mas de entonces no se tiene noticia que hubiese pintado otra cosa que figuras sueltas de imágenes y alguna que otra composición, hasta que el virrey de Nápoles D. Pedro Girón lo hizo su pintor. Esto acontecía por los años 1626 á 1630. Durante dicha época decoró la cartuja citada de San Martín y la catedral, y hasta que terminó tales obras no se sabe que pintase más que grandes composiciones como la de la *Deposición de Cristo*, obra maestra admirable. Lo dicho en cuenta, es de creer que el primer *Apostolado* que Ribera trazó es aquel al cual pertenecen las dos figuras de San Pablo y San Pedro que posee, juntamente con un hermosísimo *Cristo en la cruz*, la Diputación provincial de Vitoria.

En el lienzo que representa al apóstol romano se lee lo siguiente: *Josef Ribera, valenciano, febrero de 1637.*

Deben pertenecer esas dos efigies al *Apostolado* que para los lunetos de una iglesia de Nápoles pintara el insigne hijo de Játiva, pues representaba de cuerpo entero á los discípulos de Jesús, y como aquellos, estas figuras de la Diputación provincial de Vitoria aparecen completas, distinguiéndose cada uno de los apóstoles por los atributos que les son característicos. Así pues, el San Pablo apoya las manos sobre una espada y San Pedro tiene las consabidas llaves.

**

Realmente las diferencias técnicas entre estas figuras y las de casi todos los apóstoles que pintó Ribera son bien pequeñas. En unas y otras se mira el mismo estudio, más que estudio, análisis del natural; los mismos tipos más ó menos dulcificados en la expresión, el mismo modo de distribuir la luz y de entender el claroscuro, la misma energía en la pincelada, causan la misma impresión de grandeza, de majestad y al propio tiempo de respeto rayano con el terror, que causan, no ya todas las representaciones que el gran artista hizo de los apóstoles, sino cuantas figuras produjo su pincel. Porque debemos tener en cuenta que el *Spagnoletto* tuvo predilección por los asuntos dramáticos, como lo prueba el haber pintado diez ó doce veces el martirio de San Bartolomé, buscando siempre aquellas notas más naturalistas y horripilantes á que se presta el horroroso cuadro de un hombre á quien desuelan vivo.

**

Cómo han venido á poder de la Diputación de Vitoria los lienzos citados es cosa que ignoro. Supon-

go (y para suponer esto no tengo otra razón que la que voy á dar) que así como durante nuestro dominio en Italia, los virreyes y magnates españoles que allá iban, bien por encargo de los reyes, cual aconteció para la adquisición de *El pasmo de Sicilia*, bien *motu proprio* compraban, y cuando no, se apoderaban, que para el caso es lo mismo, de aquellas obras de arte que más les placían, y las traían con su equipaje para decorar aquí sus palacios ó regalar á sus conventos favoritos, así estos lienzos pueden haber venido á España, yendo á parar, de algún monasterio en época no muy lejana, á poder de la Diputación, como á poder de otras Diputaciones y al del gobierno fueron tantas riquezas artísticas como atesorara en un tiempo la Iglesia española y que hoy figuran en los museos.

**

Un crítico é historiador francés hace constar, á propósito de la pintura que para la cartuja napolitana ejecutaba Ribera, que éste, disgustado porque al Dominiquino también le encargaran de una parte de la decoración dicha y debía por lo tanto pintar una parte del *Apostolado*, se deshizo de su colega por medio del veneno, como se deshiciera de otros por medio de la espada y del puñal (?).

Una de las obras más acabadas de la escuela castellana, al decir de Ponz y de Ceán, de Viardot y de otros críticos nacionales y extranjeros, es la de los entropaños, que el pintor favorito de Felipe II Sánchez Coello pintó para el célebre retablo esculpido y trazado por Francisco Giralte, con destino á la parroquia de San Eutropio, de la villa de El Espinar (Segovia).

Son tales pinturas, con estar encerradas en pueblo apenas visitado y en las fragosidades de los montes de Riofrío, conocidas de cuantos han estudiado nuestra pintura y encomiadas grandemente, llegando alguien al extremo de darlas como la primera de las obras maestras del insigne artista.

Diez son los lienzos á que me refiero, y representan los asuntos siguientes: En los pedestales del primer cuerpo aparecen los cuatro doctores de la Iglesia San Gregorio, San Jerónimo, San Agustín y San Ambrosio, los cuatro en dos lienzos; en los tableros de los intercolumnios del primer cuerpo aparecen *La Adoración de los pastores* y la de los *Reyes Magos*; en los del segundo *La Purificación* y la *Resurrección*; en los del tercero la *Ascensión* y la *Venida del Espíritu Santo*; en los del cuarto los cuatro evangelistas que, como los doctores, simulan cuatro lienzos y son dos.

Todas estas composiciones están desarrolladas con aquella firmeza de dibujo y colorido sobrio y castizo que son la nota saliente de Coello. Como de la escuela castellana, las figuras son hondamente místicas, pero también realistas. La escrupulosidad en los detalles es tanta, que ajustada la obra en 3.350 ducados, los peritos que nombraron el pueblo y la fábrica de la iglesia para que, como era costumbre á pesar del ajuste, tasaran la obra, dijeron que valía 7.000, pues el maestro pusiera en su labor tanto saber que era maravilla.

Firmóse la escritura de esta obra de arte en el pueblo dicho de El Espinar el día 12 de febrero de 1574. Al otro día, dice Ceán Bermúdez, juntáronse los alcaldes, regidores, procurador del consejo, el vicario y cura, con el beneficiado, mayordomo mayor de la fábrica y otros vecinos del pueblo, en la parroquia de San Eutropio, para escoger los asuntos que debían pintarse.

Allí mismo el artista comenzó la obra, trazando un ligero plan del reparto de ella.

Sánchez Coello dió fin á su encargo en poco más de dos años.

R. Balsa de la Vega

CUENTO DEL PARAÍSO

San Pedro miró a lo lejos, formando con su ancha mano a modo de una pantalla delante de sus ojos, y no viendo a nadie por el camino, entró en el Paraíso, cuya puerta de oro cerró con cuidado. En seguida se acostó en el césped santo, impregnado de los gratos olores de Dios, y se durmió.

Soñó que estaba pescando, como en otro tiempo a orillas del lago de Genezareth, y se arremangaba ya las mangas para sacar las redes, cuando le despertaron unos sonidos armoniosos semejantes a los que despide una copa de puro cristal al rozarla al paso las alas de un insecto.

— Me parece que han llamado a la puerta del Paraíso, dijo San Pedro resregándose los ojos. ¿Quién anda ahí?

— Soy yo, soy yo; Magdalenita.

— Magdalenita... ¿Es un jilguero el que gorjea de ese modo?

— No; es una niña.

— Pues bien, hija mía, hay que llamar a las puertas, y no arañarlas como un ratoncito.

— El aldabón está muy alto y no llego.

— Tiene razón, pensó el santo; el aldabón está demasiado alto para los niños. Mañana pondré un taburete junto a la puerta para que puedan llamar sin trabajo.

Y abrió la puerta.

La niña entró haciendo una bonita reverencia, y presentó su boquita de rosa al pescador para que la besara. Estaba en camisa; era pequeñita y vivaracha; sus ojos brillaban entre los mechones de cabellos que le caían por la cara, y mientras sujetaba su muñeca entre sus dos brazos, procuraba levantar el borde de la camisa que la privaba de andar. De suerte que tenía esos movimientos algo torpes del patito recién salido del cascarón y al que el viento ciega y hace que se tambalee.

— ¿Cuántos años tienes, angel mío?

— No lo sé, San Pedro; no me lo han dicho.

El santo la levantó sonriendo, la cobijó bajo su larga túnica azulada, y cogiéndole los piecitos descalzos:

— ¡Si los tienes helados!, dijo. Aguarda un poco y te los calentaré.

Y se puso a besar aquellos pies diminutos, y acariciaba a la pequeñuela, que gesticulaba y reía a carcajadas, porque tenía muchas cosquillas y la gran barba blanca del santo se las hacía en el rostro.

Este, al verla de tan buen humor, se echó también a reír de un modo tan ruidoso que hizo resonar la puerta de oro, de suerte que al poco rato ambos lloraban de risa. Así suele suceder cuando un abuelo juega con sus nietos.

Cuando el santo volvió a cobrar su seriedad, dijo:

— ¿No sabes, hija mía, que las muñecas no entran en el Paraíso?

— Es que ésta no es una muñeca; es mi hija. Dime, San Pedro, ¿no puede entrar porque no ha sido buena? ¡Oh, sí! Es muy mala, y enfada mucho a sus

la tienes cabeza abajo y le haces pupa con ese pulgar tan gordo?

— Ya calla..., ya calla...

Pero por el tono con que San Pedro dijo esto, conoció Magdalena que no estaba contento y que iba a azotar con toda su fuerza. Entonces, se detuvo, bajó los ojos, y poniéndose muy colorada, dijo:

— Todo esto ha sido broma; no hay que pegar a la



H. Delley Desjardins

muñeca, porque no ha sido mala nunca. No puede serlo, porque es de madera, y además la mala he sido yo; yo he sido la que ha hecho...

— ¿En la cama?

— Sí.

— ¿Muy a menudo?

— Sí.

— ¿Pero no volverás a hacerlo?

— Quizás no; yo bien quisiera.

— ¡Pobre Magdalenita! ¿Qué harás ahora cuando lleguemos a presencia de la Virgen María y ésta diga a todo el mundo: «Sé que por aquí hay una niña que no es buena; una niña que hace...» ¡Hum!, ¡hum!

— Pues bien, San Pedro, di que has sido tú.

GUSTAVO DROZ

ALGUNAS ANÉCDOTAS DE CHOPIN

M. Mathias, el eminente profesor del Conservatorio de París, discípulo de Chopin, ha referido recientemente a un cronista parisiense algunas anécdotas del gran maestro polaco que creemos dignas de ser reproducidas a continuación.

«Una noche — dice M. Mathias — había gran recepción en casa de la condesa X... Al entrar, vi en el salón a un joven de porte distinguido y a quien los concurrentes prodigaban toda suerte de atenciones: era Thalberg, el famoso pianista que gozaba de reputación europea. «Sr. Thalberg, toque usted algo.» «Sr. Thalberg, acceda usted a nuestros ruegos.» Thalberg accedió a tales peticiones y se disponía a pulsar las teclas de un magnífico Erard, cuando un criado anunció: «Madame Jorge Sand, M. Chopin.» Todas las miradas se volvieron hacia los que entraban en aquel momento. En cambio yo tenía los ojos fijos en Thalberg y

por la expresión de su rostro comprendí que se sentía vivamente contrariado: fácil era comprender por qué. Thalberg era el polo opuesto de Chopin; las piezas que tocaba carecían de sentimiento y sólo estaban compuestas para poner de manifiesto la admirable perfección de su mecanismo. Como Thalberg no ignoraba lo poco que estimaba Chopin esta clase de obras, no le gustaba afrontar la crítica de aquel músico, más grande que él y cuyo desdén adivinaba al través de su exquisita cortesía; por esta razón hubiera querido levantarse del piano, pero se lo vedaba

su pundonor, y no tuvo más remedio que tocar, ejecutando su fantasía sobre motivos de *Don Juan* con cierta coquetería y con una limpieza y brío incomparables. Chopin — aún me parece estarle viendo — escuchábase apoyado en la chimenea. Cuando Thalberg hubo terminado, Chopin, en medio de una tempestad de aplausos, adelantóse hacia el pianista y le dirigió algunas frases laudatorias: Thalberg estrechó su mano, púsose extraordinariamente serio, bajó los ojos y se inclinó sin pronunciar una palabra. Aquel silencio traducía el pensamiento de Thalberg y quería decir: «Me avergüenzo de que me aclamen a mí que no soy sino un virtuoso delante de vos que sois un artista de genio...»

«Chopin — añade M. Mathias — era sensible, excesivamente impresionable, dotado, como les sucede a muchos grandes artistas, de una inteligencia profesional que se concentraba sobre un objeto único y se manifestaba poco al exterior.

»Desde el punto de vista sentimental, Chopin era sumamente celoso, de carácter arrebatado y muy exclusivo en sus afectos: ningún capricho le distrajo de su amor enfermizo a Jorge Sand, y mientras duraron sus relaciones le guardó fidelidad absoluta.

»Daba lecciones por necesidad, y no pocas veces por el gusto sólo de enseñar. Los editores de música le ofrecían por sus mejores piezas una retribución mezquina que raras veces excedía de 500 francos. Su genio estaba en pugna con las costumbres del vulgo, que adoraba la música italiana y no admitía otra cosa en materia de arte musical: las gentes veían en él a un excéntrico y se burlaban de él como más tarde se han burlado de Berlioz, de Wagner, de César Frank y en una palabra de todos los innovadores. De estas burlas consolábale la admiración de algunos que le hicieron objeto de un culto apasionado: mientras en todas partes reinaban los favoritos de la moda, los ejecutantes maravillosos como Thalberg y Stannaty, Chopin fué el rey y casi pudiera decirse el dios de unas pocas damas del gran mundo, en cuyos salones sentíase aliviado del dolor que le causaba ver en los demás desconocido su talento. El mismo Liszt le hacía sombra, y Chopin, aunque le profesaba un cariño verdaderamente fraternal, no podía menos que entristecerse comparando los triunfos que obtenían las obras de aquél con el mediano éxito que lograban las suyas. Sus rivales, sin embargo, reconocían lo mucho que valía y rendían tributo a su superioridad.»

Una notable escritora francesa, Mme. Girardin, describe en los siguientes términos la última audición que Chopin dió de sus obras en París, con ocasión de un concierto en que tomó parte Mlle. O'Meara, discípula suya:

«Chopin estaba allí asistiendo al triunfo de su discípula, y todo el mundo se preguntaba: ¿Le oiremos? El hecho es que para sus admiradores apasionados, ver a Chopin toda la noche alrededor de un piano y no oírle tocar era el suplicio de Tántalo. La dueña de la casa tuvo compasión de nosotros; fué indiscreta, y Chopin tocó y cantó sus más deliciosas melodías, cuyos caprichos seguíamos con nuestro pensamiento y a cuyas notas poníamos las palabras que nos parecían más ajustadas al canto. Éramos una veintena de aficionados sinceros, de verdaderos creyentes, y no perdíamos ni una nota ni dejábamos de apreciar la más insignificante expresión de una frase: era aquel un concierto íntimo, serio, tal como nos gusta: no se trataba del músico que ejecuta las piezas contratadas y desaparece, sino de un talento hermoso, acaparado, acosado, atormentado sin escrúpulos ni miramientos, a quien se pedía que repitiese los trozos preferidos, y que lleno de gracia y de caridad repetía la frase predilecta para que todos pudiésemos fijarla clara y precisa en nuestra memoria y acariciar su recuerdo mucho tiempo. Una señora le decía: «Por favor, toque usted ese hermoso nocturno dedicado a la señorita Stirling, al que hemos dado el nombre de peligroso,» y Chopin sonreía y tocaba el nocturno fatal. «Yo — exclamaba otra — quisiera oír una sola vez, tocada por usted aquella mazurca tan triste y tan encantadora,» y el maestro sonreía y tocaba la deliciosa mazurca. Las más astutas daban un rodeo para llegar al fin que se proponían: «Estoy estudiando la gran sonata que empieza por esa hermosa marcha fúnebre, y quisiera saber a qué compás he de tocar el final,» y el gran pianista sonreía maliciosamente y tocaba el final de la maravillosa sonata, una de sus más grandiosas composiciones.

El piano en que toca Chopin se metamorfosea; los sonidos que de él se escapan son acordes desconocidos, notas que quizás se han soñado, pero que no se han oído nunca; sólo hay una voz en la naturaleza que las recuerda: la nota triste del ruiseñor que en el silencio de la noche exhala una y otra vez su melodiosa queja.» — X.



papás; pero ¿podrá entrar cuando la hayan dado una buena azotaina?

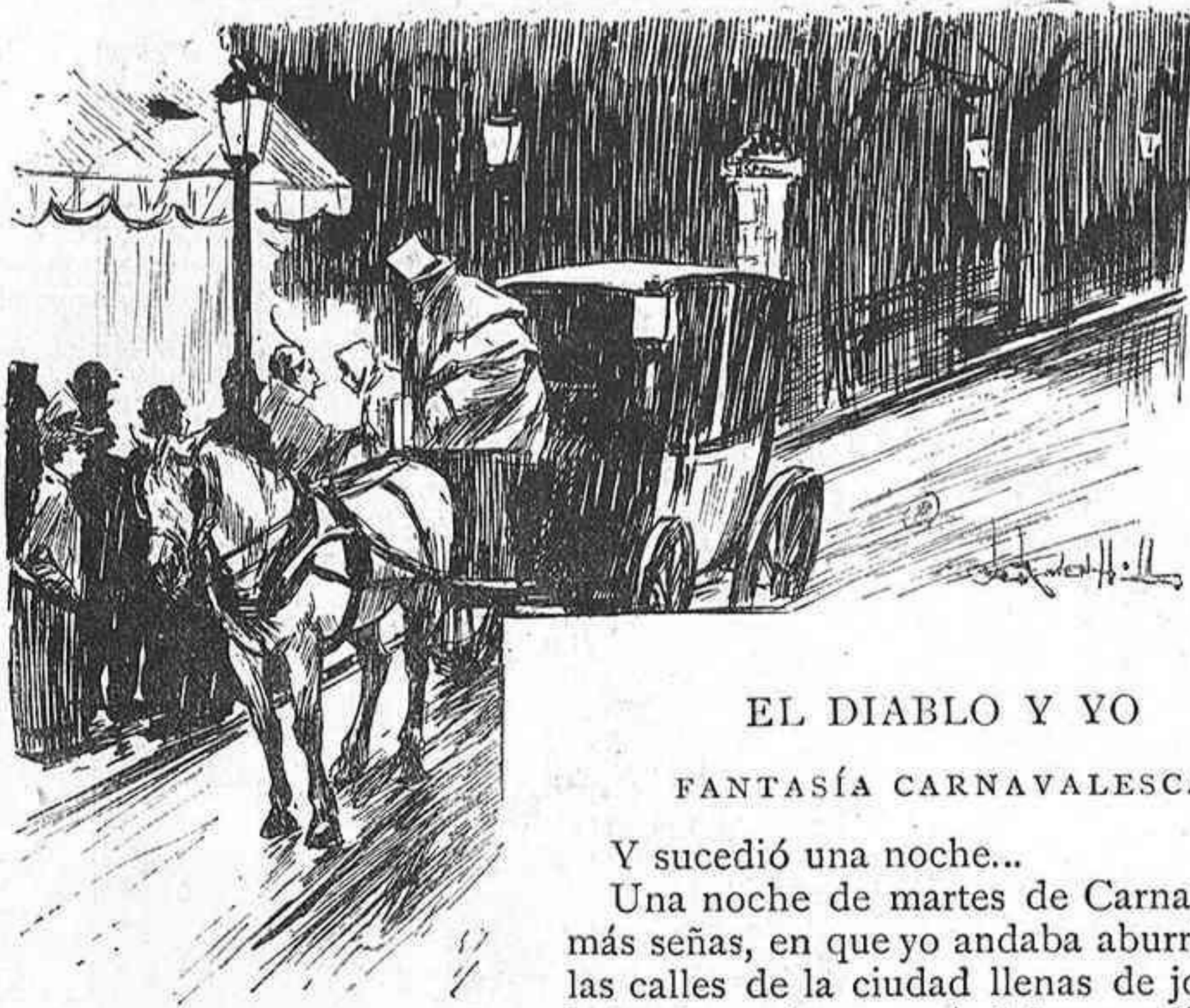
— ¿Según eso, ha cometido pecados muy gordos?

Magdalena contestó que sí con la cabeza, poniéndose muy seria, y empujándose hasta llegar a la oreja del patriarca, dijo muy bajito y con gran misterio:

— Se hace todos los días pipí en la cama... Y añadió con animación: Vamos a darle una mano de azotes. ¿Quieres sostener a esta pícara mientras voy a buscar una vara? Mira, mira cómo llora. ¿Quieres usted callarse, señorita? Pero San Pedro, ¿no ves que



UN IDILIO, cuadro de Alma-Tadema
(de fotografía de la Sociedad Fotográfica de Berlín)



EL DIABLO Y YO

FANTASÍA CARNAVALESCA

Y sucedió una noche...

Una noche de martes de Carnaval por más señas, en que yo andaba aburrido por las calles de la ciudad llenas de jolgorio, balumba, gritos y escándalo; sucedió, repi-

to, que se me acercó un mascarón vestido de *Mefistófeles* de taberna, el cual sin más ceremonia pasó su brazo por debajo del mío, mientras que con acento irónico me decía:

— Juraría, amigo, por los cuernos de mi dignísimo principal, maestro y jefe, el señor de Lucifer, que te fastidias soberanamente.

— Mira, repliqué amoscado, déjate de familiaridades y prosigue tu camino.

— ¡Ea! No te sulfures: con el diablo conviene estar bien; no seas tan desabrido y vente á pasar la noche conmigo, que no te ha de pesar.

— Gracias: es una proposición que no me seduce en modo alguno.

— ¡Ingratón!.. ¡Desdeñar de esta manera tan incivil á un príncipe de los infiernos que te distingue con su franqueza y casi me atreveré á decir con su amistad!..

Mientras seguía hablando aquel adefesio, seguía yo haciendo esfuerzos para librarme del brazo con que sujetaba el mío; pero ¡que si quieres!, sentíame oprimido como por unas tenazas de hierro, y llegó el momento en que creí de veras que me las había con un espíritu maligno, en carne y huesos, si es que los huesos y la carne pueden servir de envoltura á un espíritu de las tinieblas.

— ¡Vaya!.. ¿Me sueltas al fin?

— Que no, hombre, que no te suelto...

— ¡Impertinente!.. ¡majadero!, ¡hortera!

— No me faltes: á las potestades del Averno se les debe consideración y respeto. Yo soy Asmodeo, el ingenioso y simpático diablillo de quien habrás oído mil veces hablar, y como te he visto vagar por ahí, cecijunto y melancólico, con cara de vinagre en medio de la alegría de la turbamulta, me he compadecido de ti y he resuelto distraerte, aunque no fuera más que en premio de cierto artículo en que me trataste con mucha galantería. Sí, chico, yo soy el diablo en persona, y si dudas de mi identidad de ángel caído, te diré para convencerte que tu aburrimiento y tu murria nacen de dos razones que vosotros los míseros humanos consideráis como calamitosas. ¿Negarás, infeliz criatura, que la mujer á quien amas te ha dado hoy el pasaporte, y que esta resolución, que te hiere más en tu amor propio que en tu corazón de amante, nace del gravísimo delito de no tener ya un peso duro en tu bolsillo, aniquilado á fuerza de exigencias y de sacrificios?

— Verdad es... repliqué mohino.

Y arrepentido al punto de mi involuntaria confesión, añadí colérico:

— Pero á ti ¿quién te mete en lo que nada te importa?

— No te sulfures, querido, y vente conmigo. Pasaremos una noche divertidísima y... cenarás conmigo: yo pago. Mira: precisamente nos encontramos enfrente del *Casino Troglodita*, el más aristocrático de la ciudad, en donde hay baile de máscaras. Entremos.

— ¿Ataviados como estamos?... pregunté con acento irónico. Yo voy de americana y hongo: en cuanto á ti, tienes todo el aspecto de un diablo, pero... de un pobre diablo.

— ¡Bah!.. Por eso no quede, repuso muy tranquilamente el quídam, sin parecer ofendido en lo más mínimo por mi observación. ¿Me encuentras más majo ahora?... ¿Y tú no tienes también mejor catadura?

Entonces sí que me convencí de que estaba real y efectivamente delante del



mismísimo demonio: sin darme cuenta del modo como se acababa de operar en un abrir y cerrar de ojos el milagro, ó mejor dicho, el satánico maleficio, lo cierto es que me contemplé á mí mismo vestido de irreprochable etiqueta, con una corrección y una elegancia que me dejaron asombrado y encantado de mí mismo. Y mi infernal compañero quedó también transformado en perfecto *gentleman*, hecho un astro, un verdadero figurín de sastre.

— Entremos, repitió.

Y antes que tuviera tiempo de volver de mi estupefacción me arrastró consigo; pero en el dintel se detuvo un instante para señalarme con ademán sarcástico á una pareja que descendía de un simón.

— ¿Les conoces?, me preguntó.

Y vi entonces que la dama que bajaba del coche era la de mis pensamientos: la que una hora antes me había dicho que por razones de recato y de conveniencia no era prudente que continuasen nuestras relaciones. Cuanto al hombre que, sonriendo, le tendía la mano para ayudarla á bajar, era Nemésio.

Y Nemésio era mi mejor amigo.

El baile del casino estaba, cuando nosotros entramos, en todo su apogeo.

Los vastos salones hechos una ascua de oro: una iluminación espléndida; un derroche de flores, de plantas y de adornos; una atmósfera cálida, saturada de perfumes; lirios, rosas, ylan-ylang, piel de España, y esfluvios humanos producidos por la excitación de los poros sudoríficos.

Había allí un derroche de mujeres jóvenes, hermosas, radiantes, engalanadas, y en torno de ellas giraban como mariposas en torno de la llama caballeros y galanes, con atavíos contemporáneos unos, de frac negro, corbata y guantes blancos; otros luciendo trajes de cien épocas y países distintos.



— Es un cuadro bonito, ¿verdad?, preguntó mi acompañante. Me parece que esta noche realizaré algunas operaciones fructuosas.

— Si tiene usted que trabajar, que no sea yo un estorbo, indiqué con toda la deferencia que se merecían el personaje y sus altos deberes.

— ¡Cal!.. ¡Nada de eso!.. El trabajo se hace por sí solo y sin más que dar una mirada de cuando en cuando. Además, que mi sola presencia es suficiente para caldear la atmósfera y encender los malos deseos. Pero te he prometido hacerte agradable el rato y quiero cumplir mi promesa.

— Es usted muy amable.

— Puedes tutearme: no tengo pizca de vanidad; soy muy llanote y les tengo además cariño á los periodistas. Y como vuestro flaco son la curiosidad y la indiscreción, voy á revelarte detalles de que podrás aprovecharte, si así te conviene, acerca de las personas que aquí se encuentran.

— Pues ya estás hablando: empieza.

— ¿Ves esas dos guapísimas ninfas que acribillan á ramilletez al máscara ese de la nariz postiza?.. La una es una bailarina, cuyo mérito artístico está aún por descubrir; pero tiene tanto gancho, como decís en vuestra jerga humana, que ha conseguido ya comerse tres ó cuatro fortunas, pertenecientes á otros tantos imbéciles. La que está con ella es una baronesa, y una baronesa auténtica, de limpio escudo nobiliario, cuyos tatarabuelos sirvieron en las cocinas del rey don Enrique el Doliente, por cual motivo se les ennobleció poco á poco. Y esas dos señoras se disputan ahora el corazón y los caudales del de la nariz: el cual no es otro que un machucho banquero y rico especulador á quien debo tres suicidios y muchos desastres. Es un excelente proveedor, sin entrañas ni conciencia, al cual aprecio mucho y cuyos méritos pienso recompensar entregándole á manos de esas dos lindas criaturas.

— Así paga el diablo á quien bien le sirve, observé juiciosamente. Pero no importa; aplaudo tu criterio verdaderamente equitativo; y ahora dime: ¿cómo se llama este dignísimo bribón?

— D. Policarpo de la Pantera.

— ¡Imposible!..

— ¿Por qué?

— ¡Un hombre que goza de una reputación inmaculada de honradez, de austeridad, de puritanismo!..

— Pues ahí está la gracia... hacerse una reputación sólida de puertas afuera y ser todo lo contrario de puertas adentro. ¡Y sois tantos los que os halláis en este caso!

— ¿Qué te parece de estas dos parejas?

Y Asmodeo me señalaba á dos caballeros, vestidos el uno á la Luis XV y el otro á la Enrique IV. Danzaban con mucho garbo y gentileza un *pas á quatre* con una marquesita Pompadour graciosísima y con una bayadera, cuyos esculturales encantos dejaban entrever las ricas galas de estilo oriental que las cubrían.

— El bailarín de la peluca empolvada es un mozalbeta perteneciente á la alta sociedad y con tres millones de caudal que le legó su padre, usurero muy famoso en tierras de Aragón. Tenemos, allá abajo, un alma gimiendo y llorando, en

perpetuo tormento: en tanto el hijo se divierte en grande, y maldito si se acuerda un solo instante de aquel que para dejarle un fortunón se mostró duro, implacable, sin piedad con sus míseros deudores. El del traje de terciopelo negro es un título de Castilla, descendiente y único representante de una raza ilustre, así por su abolengo como por una lealtad y una hombría de bien que nunca sufrió una mácula ni una sospecha.

- ¿Y él continúa siendo digno de esa noble fama?

- ¡Pchs!.. Esta tarde ha falsificado una firma.

- ¿Por qué?

- Para sacar de un compromiso urgente á su pareja, á esa marquésita Pompadour que le sonríe amorosamente y que le había amenazado con una ruptura definitiva, si esta noche no tenía en su poder una suma de tres mil duros que necesitaba con mucha urgencia.

- ¿Y quién es esa mujer?

- La esposa prófuga, la viuda de un pobre barítono de zarzuela, que se pegó



un tiro al verse abandonado por su costilla. Ahora se hace pasar por la viuda de un general chileno, y recibe á la mejor sociedad en sus salones.

- ¿Y la bayadera?

- Una celosa madre de familia, mujer de un comerciante y con cinco hijos menores. Tiene dos enfermos del sarampión; pero no se ha atrevido á burlar el compromiso que tenía contraído de venir al baile, y ha dejado á los chiquillos al cuidado de su marido. Es muy probable que cuando llegue esta madrugada á su casa, encuentre la infeliz á uno de sus hijitos en la agonía.

- Ofreceme algo más divertido.., murmuré con disgusto.

- Qué.., ¿no te divierten esos aspectos del alma humana? Pero sea como tú quieras. Variemos un poco el panorama: mira esa linda moza que con andaluza gracia se abanica y ostenta unos bajos más descubiertos de lo que el recato femenino tendría derecho á exigir. ¿Sabes quién es?

- ¡Qué sé yo!.. Una cualquiera...

- Te engañas.

- ¿Es acaso una Lucrecia?, ¿una virtud austera?, pregunté zumbándome.

- Sin duda: es una virtud, pero una virtud que tiene hambre. Una huérfana desamparada, que lucha con la miseria, que no encuentra trabajo y que después de haber batallado valientemente con la desventura, se siente ya sin más fuerzas para sostener el combate. Esta noche se decidió por pedir prestadas esas galas que la cubren á una amiga, y ahí la tienes fingiendo un descoco que no tiene, una sonrisa que pugna por huir de sus labios y un aplomo que se desvanecería á las primeras frases que escuchan sus oídos, si no fuera por ese pedazo de terciopelo que le tapa la mitad del rostro. Para sentirse valiente no hay como ponerse una careta...

- ¡Pobre chica!, murmuré compadecido.

- Sí: muy pobre... Ha venido resuelta á dar un mal paso y concluirá por lograrlo.

- Sobre todo, si tú la empujas.

- ¿Yo?.. ¿Para que? Habiendo por en medio hombres, no tengo necesidad de intervenir. Contempla á esos tres tipos que mariposean ó culebrean, para hablar con más propiedad, en torno de la muchacha. El pierrot es un adolescente huérfano, con mucho dinero y muchas ganas de gozar: algo inocentón todavía, pero ya se le irá pasando el defecto. El caballero del chambergo es un intrépido comandante de húsares que ha conquistado multitud de fortalezas en las guerras de salón y de *boudoir*.

- ¿Y el tercero?.. ¿el de frac negro y nariz postiza?..

- ¡Ah! Ese es una personalidad muy respetable: es D. Sabiniano de la Roldaña, diputado gubernamental, escritor moralista y presidente de la «Liga de la regeneración de la mujer fin de siglo.»

- Oye, Asmodeo... , vámonos á cenar, ya que me convidaste: será más divertido que presenciar estos puntos de vista de la humanidad.

Accedió el diablo á mi deseo, y nos instalamos en el restaurant ante una mesa opíparamente servida. Asmodeo encargó un *menú* suculento, y mientras yantábamos, continuaba mi guía haciéndome sus inagotables y curiosas revelaciones sobre cuantos individuos é individuos iban entrando ó saliendo del refectorio.

- ¿Ves?, decía, ¿ves á ese egipcio que cena tan alegremente con esa manola y las dos princesas indias, que por cierto son hija y sobrina de aquélla?.. Pues bien: figúrate que en casa de este Faraón no hay un cuarto; que han agotado el crédito y no encuentran quien les fíe por el valor de un pimientito riojano; que su mujer y las niñas se han acostado hoy sin cenar y que mañana tendrán que desayunarse con agua fresca.

- Pero si en su casa no hay una peseta, ¿de dónde saca el dinero que le cuesta este banquete?

- Esta tarde pudo dar un sablazo de veinte duros, y así ha logrado cumplir el compromiso de honor que tenía contraído con la manola y las princesas.

Soltó de pronto mi anfitrión una sonora carcajada.



- ¿Qué te pasa?, le pregunté admirado.

- Mira este camarero...

Y entre aquellos mozos de restaurant esclavos del placer ajeno, que pasaban y volvían á pasar atareados, azorados, esforzándose en responder diligentes á todas las reclamaciones que saltaban acá y acullá en medio de un barullo espantoso, me señaló el diablo á un hombre entrado ya en años, que levantando en el aire una sopera llena de humeante potaje se precipitaba solícito hacia una mesa en torno de la cual se disponían á cenar cinco ó seis alegres máscaras.

- ¿Qué tiene de particular ese camarero?, dije.

- Vas á ver. En su juventud fué soldado: se batió con bravura ganándose dos heridas graves y un par de cruces y una colección reumática de primera clase. Hoy sirve en la cocina, y ¿á que no adivinas á quiénes va á servir este potaje que humea entre sus manos.

- ¡Yo qué sé!

- ¡A sus propias hijas!.. La odalisca del turbante rojo y la gitanilla del mantón de Manila, á quienes obsequian tan amables y rendidos el condesito de la Peñagris y el general Ricote, son las hijas del valiente veterano.

El baile había concluído. Los concurrentes salían del casino, envolviendo en abrigos de modernísima confección sus multicolores y carnavalescos disfraces de todas épocas y de todas formas.

Una mañana gris, húmeda y helada, esperaba con su carácter triste, triste como una desilusión y un desengaño, á los que iban abandonando con rostro empalidecido y expresión mustia aquellos lugares en donde habían pasado una noche alegre, feliz tal vez.

Y sujetándome siempre por el brazo, de pie bajo la marquesina de la entrada, Asmodeo seguía mofándose con su inagotable malignidad de los que parecían huir aburridos más bien que satisfechos.

De pronto me dió un pellizco, y señalándome á una de las últimas parejas que salían del casino, me preguntó, como me había preguntado tres horas antes:

- ¿Les conoces?

Eran mi mejor amigo y... ¡ella!

Él hacía señales desesperadas con el sombrero á un auriga que pasaba á lo lejos. Ella, muy agarradita á su brazo, parecía tiritar de frío bajo las caricias del helado cierzo matinal. Experimenté un impulso de rabia y... de asco.



- ¡Tonto!, me dijo Asmodeo, no le tengas envidia á ese... , dale solamente las gracias cuando le veas, dentro de algunos meses: ¿no sabes que se casará con ella, y que este casamiento será la mejor venganza que podrías sacar de la perfidia del uno y de la traición de la otra?

JUAN BUSCÓN



PIERRETTE, cuadro de Francisco Masriera



DISPONIÉNDOSE PARA LA EXCURSIÓN, cuadro de Ramiro Lorenzale (Salón Parés)

NUESTROS GRABADOS

Excmo. Sr. D. José Gamir. - Procedente de la Academia de Estado Mayor hizo el Sr. Gamir sus primeras armas en la guerra de Africa, ganando allí por sus brillantes servicios el empleo de capitán y los grados de comandante y teniente coronel y la cruz de San Fernando. Durante la guerra carlista combatió en el Norte, en el Centro y en Cataluña, ascendiendo á brigadier. A su regreso de Africa fué destinado á la comisión encargada de la formación del plano de Barcelona, y después de la lucha civil, desempeñó los cargos de jefe de la sección de Campaña y de subsecretario en el ministerio de la Guerra. En 1877 fué nombrado segundo cabo de Puerto Rico, cuyos gobierno y capitania general regentó interinamente en 1878, en 1881 gobernador militar de Málaga y en 1885 comandante general del campo de Gibraltar, después de haber sido ascendido á mariscal de campo. Teniente general en 1892, estuvo al frente de las capitanías generales de las Baleares y de las Vascongadas, fué presidente de la Junta Consultiva de Guerra, y en mayo de 1895 el gobierno le nombró capitán general de Puerto Rico, en donde falleció en 18 de enero último, á la edad de sesenta años. Estaba condecorado con muchas placas y medallas de campaña y con las grandes cruces del Mérito Militar roja y de San Hermenegildo.

Excmo. Sr. D. Juan Francisco Camacho. - A la edad de ochenta y dos años ha fallecido este ilustre hombre público, que durante su larga existencia habíase dedicado constantemente al estudio de las ciencias económicas y en especial de la Hacienda pública, adquiriendo vastos y sólidos conocimientos que le permitieron desarrollar planes nuevos y grandiosamente concebidos en los elevados cargos que desempeñó en su vida política. Hombre de rectitud y entereza extraordinarias, su nombre figura entre los de los más eminentes hacendistas españoles. Hace poco regaló á la Universidad central su magnífica biblioteca, rasgo que consagró pocos días antes de su muerte aquel establecimiento docente colocando una laudatoria lápida conmemorativa.



EXCMO. SR. D. JOSÉ GAMIR Y MALADEÑ, capitán general de Puerto Rico, fallecido en aquella isla el 18 de enero último

Galba y se disponen á apoderarse de él para juzgarlo como traidor á la patria.

La figura del tirano emperador expresa con gallardía su trágica situación, resultando un acabado estudio anatómico. El Sr. Atché ha logrado ejecutar una obra verdaderamente de



EXCMO. SR. D. JUAN FRANCISCO CAMACHO fallecido el 23 de enero último



EL ILUSTRE PINTOR D. VICENTE PALMAROLI, fallecido el 26 de enero último

El ilustre pintor D. Vicente Palmaroli. - Nació Palmaroli en Zarzalejo, provincia de Madrid, en 5 de septiembre de 1834 y fué discípulo de su padre D. Cayetano, de don Federico Madrazo y de la Escuela Superior de Madrid. Pensionado por la reina Doña Isabel, permaneció en Italia desde 1858 á 1862, y á su regreso á Madrid presentó en la Exposición Nacional de aquel año el cuadro de encargo *Santiago, Santa Isabel, San Francisco y San Pío, patronos de España, de los reyes y del Pontífice, intercediendo con San Ildefonso, santo tutelar del príncipe de Asturias, para que le proteja y le guie*, que fué premiado con medalla de segunda clase: su *Campesina de las inmediaciones de Nápoles* le valió una medalla de primera. Nuevamente se trasladó á Italia, y al volver á Madrid en 1866 expuso su famoso lienzo *La capilla Sixtina durante una función solemne*, por el que obtuvo otra primera medalla en la Exposición de aquel año y una de oro en la Universal de París de 1867. En la Nacional de 1871 ganó una nueva primera medalla por *Los enterramientos en la Moncloa en 3 de mayo de 1808*, adquirido por el rey Amadeo. Referir los triunfos que desde entonces consiguió y enumerar las obras que de su pincel han salido exigiría mayor espacio del de que podemos disponer; por otra parte resulta innecesario este trabajo, porque sobradamente conocido es el nombre de artista tan ilustre. En 1872 ingresó Palmaroli en la Academia de San Fernando, en 1882 fué nombrado director de la Academia Española de Bellas Artes en Roma y en 1894 sucedió á D. Federico Madrazo en la dirección del Museo de Pinturas de Madrid.

Suicidio de Nerón, boceto de Rafael Atché (Salón Parés). - Varias y repetidas veces nos hemos complacido en consignar los méritos que concurren en el distinguido escultor catalán; mas ello no puede servir de óbice para que en cada una de las obras que crea su genial concepción emitamos el juicio que nos merece. En este caso hállese el boceto de Nerón, que figura reproducido en la primera página de esta Revista, representado en el momento en que se hunde el puñal en la garganta, al tener noticia de que los pretorianos, secundando el movimiento del Senado y del pueblo, proclaman á

estudio, transmitiéndole algo del genial esfuerzo que le caracteriza como artista y al que se debe la nota que se admira siempre en todas sus producciones.

Quien contemple el boceto, ha de recordar la situación del parricida emperador á quien los dioses castigaron permitiendo que muriese en «tristísima ergástula sobre los jergones de un esclavo» (1).

Pierrette, cuadro de Francisco Masriera. - Digna compañera y legítima descendiente de las bellísimas producciones de este artista que hemos dado á conocer á los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA es la preciosa Pierrette que hoy reproducimos, constituyendo un nuevo triunfo á los ya alcanzados por tan distinguido pintor, en cuya artística ejecutoria se acredita su especial conocimiento de la técnica del arte y exquisito gusto.

En la nueva obra á que nos referimos como en todas las que produce obsérvanse pormenores estudiados con recomendable prolijidad y efectos casi inimitables en las carnes, que adquieren morbidez y extraordinaria finura, gracias á la prodigiosa habilidad de este artista, cuyo ingenio es parejo de su maestría en la ejecución.

Disponiéndose para la excursión, cuadro de Ramiro Lorezale (Salón Parés). - El espacioso patio de una alquería ha sido escogido por el artista como fondo de su bella composición. Gentil pareja dispónese á cabalgar en robustas mulas para emprender agradable excursión al vecino pueblo, á la próxima ermita do se venera milagrosa imagen ó bien á la inmediata hacienda. El asunto es muy trivial, mas no por ello quita mérito á la obra. El Sr. Lorezale no se ha propuesto seguramente ejecutar una obra que resuelva ó represente problema alguno social ó que exprese determinado concepto. Trátase sólo de una producción pictórica, en la que se revelan las cualidades que posee su autor y donde nos da á conocer una vez más el buen gusto y la habilidad del artista.

(1) *Nerón*, por Emilio Castelar.

Alegoría de la Música, techo pintado por Ramón y Julio Borrell. - La pintura alegórica ofrece, por ser principalmente imaginativa, no pequeñas dificultades, y éstas suben de punto para los artistas que, educados dentro de las modernas tendencias, acostúmbrense á trasladar al lienzo lo que sus ojos observan con preferencia á lo que sueña su fantasía. A pesar de ello, los jóvenes y ya ventajosamente conocidos pintores Ramón y Julio Borrell han demostrado con el techo que reproducimos su talento para el cultivo de este género pictórico, pues su composición está perfectamente concebida y ejecutada con acierto y tiene el aspecto decorativo que caracteriza á esta clase de obras. Nuestro aplauso á los Sres. Borrell, dignos discípulos de su padre, del maestro que es honra del arte catalán.

Excmo Sr. D. Federico Ochando. - Entre los tenientes generales que con el general Weyler han marchado á Cuba está D. Federico Ochando, el más joven de los militares que ostentan en su bocamanga los dos entorchados. Va á Cuba como jefe de Estado Mayor, y su historia militar es garantía del acierto con que ha de desempeñar tan importante destino. El Sr. Ochando representa en el Congreso á la provincia de Albacete.

MISCELÁNEA

Teatros. - Barcelona. - En el Liceo se ha cantado *Garín*, que ha valido grandes aplausos á la Sra. Tétrazzini y al señor Cardinali, así como al maestro Bretón y al director Sr. Vanzo. En el Eldorado se han estrenado con muy buen éxito *El bajo de arriba*, zarzuela en un acto de Sánchez Pastor, música del maestro Chapí, y *El Domingo de Ramos*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de D. Miguel Echegaray, con música, muy superior á la letra, del maestro Bretón.



EL TENIENTE GENERAL D. FEDERICO OCHANDO, recientemente nombrado jefe de Estado Mayor del ejército de Cuba

Madrid. - Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia *Doña Perfecta*, drama en cuatro actos de Pérez Galdós, tomado de su novela del mismo nombre, habiendo sido el ilustre novelista objeto de grandes ovaciones, especialmente en los dos primeros actos; en *Lara Magda*, juguete en un acto de D. Miguel Echegaray, y en *Eslava Pepito Melaza*, bonita zarzuela en un acto de D. Federico Urrecha, música del maestro Soriano. La nueva producción de D. Eugenio Sellés, *La mujer de Loth*, estrenada en el Español, ha obtenido regular éxito.

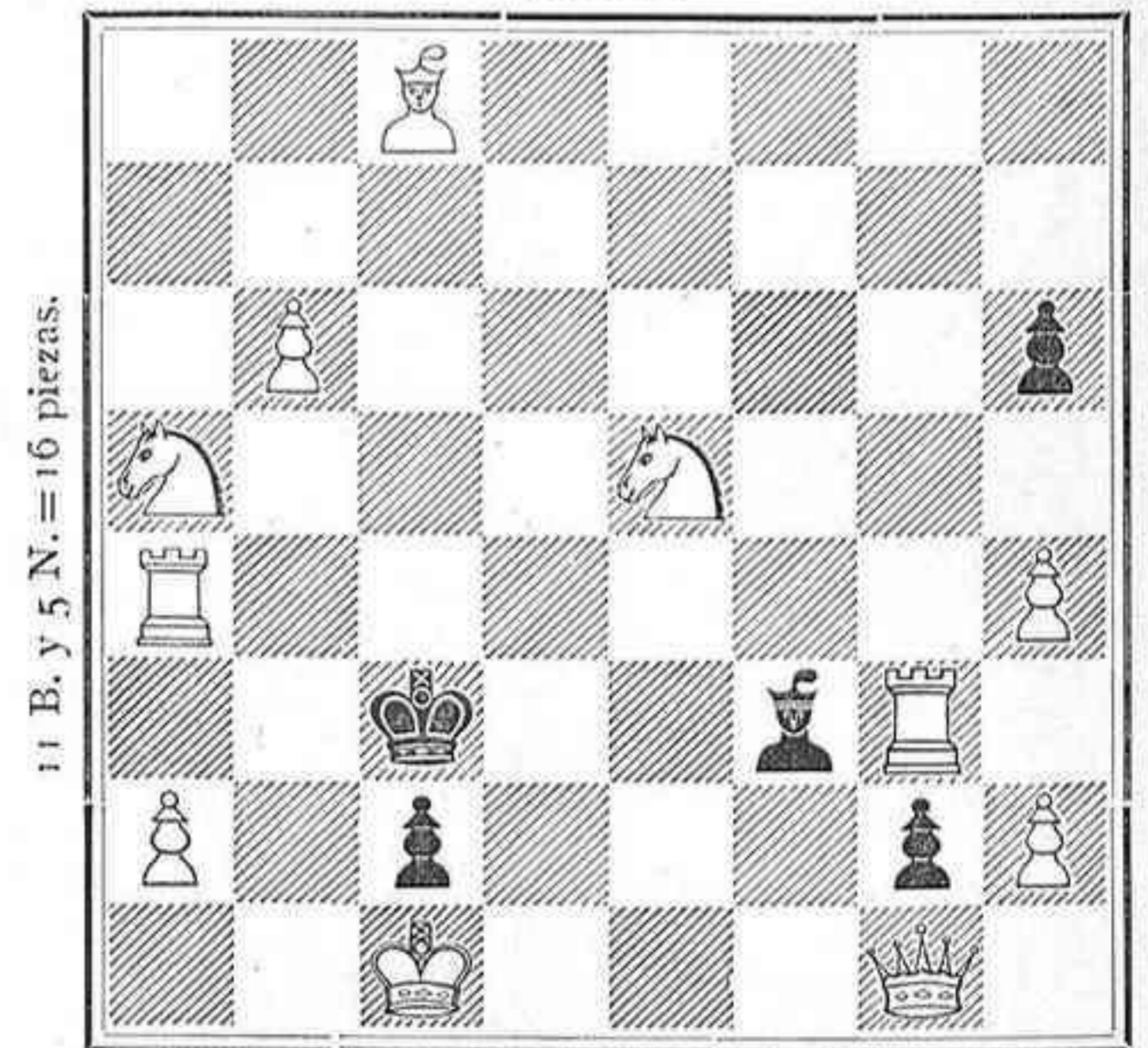
Cada día se ve surgir algún específico para el cutis. Todas estas panaceas, que no son sino afeites, hacen la fortuna de la CREMA SIMON, á la que se está obligado á recurrir si se quiere volver á tener EL FRESCOR y LA BELLEZA. Desde hace 35 años, CREMA, POLVOS DE ARROZ y JABON SIMON son cual la última palabra de la higiene en perfumería.

J. SIMÓN, 13, r. Grange-Batelière, PARÍS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 5, POR FÉLIX ESCUTÉ

NEGRAS

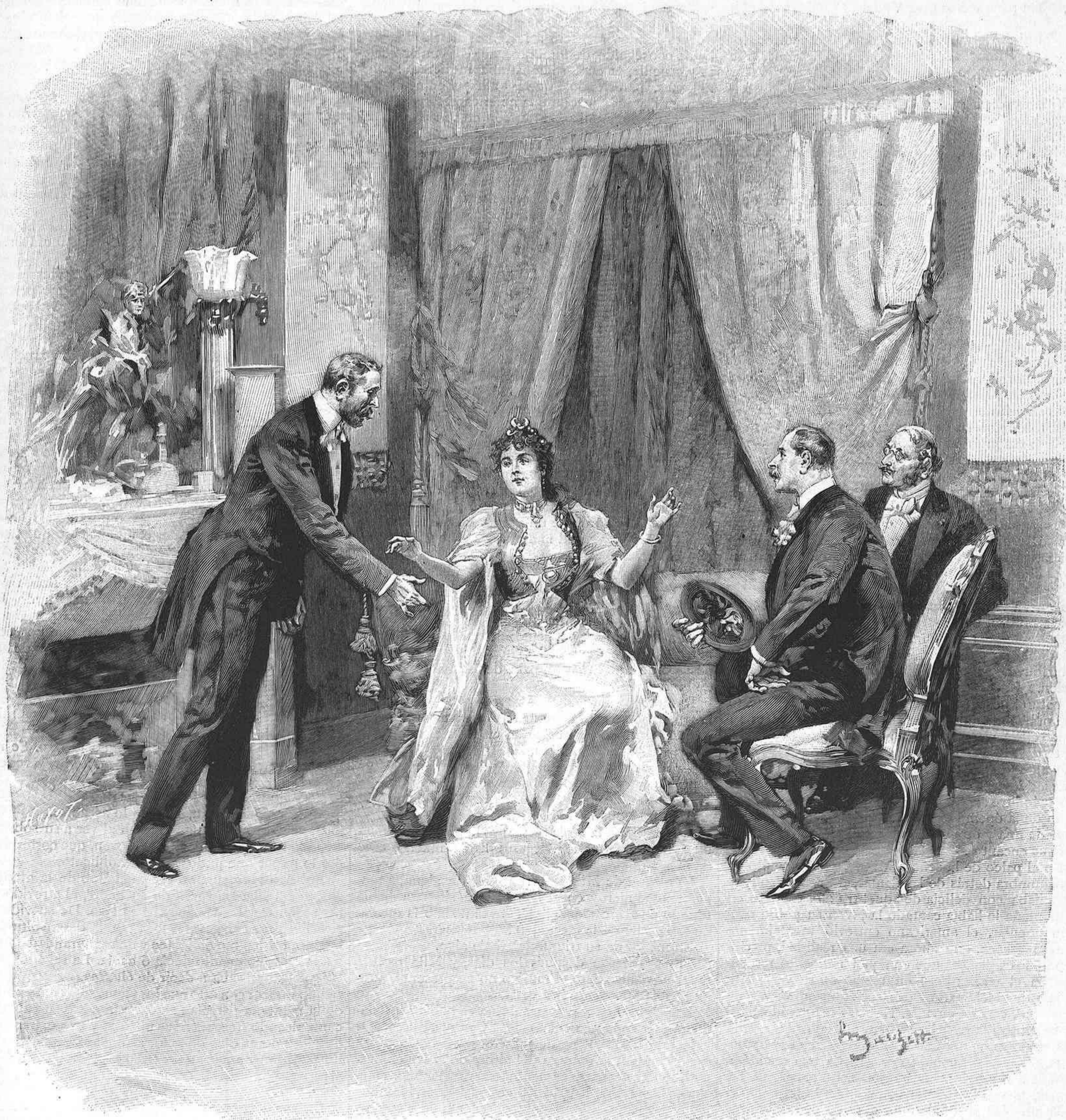


BLANCAS

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cinco jugadas

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 4, POR PEDRO RIERA

- | | |
|----------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D6TR | 1. Cualquiera. |
| 2. C, A, T ó D mate. | |



Durante un entreacto Macready fué á felicitar á la artista en su cuarto

EN BÚSCA DE UN IDEAL

NOVELA ORIGINAL DE JUANA MAIRET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— Sr. Villeroy, dijo Mila en voz alta, interpelando al músico con su tranquila seguridad. El Sr. Macready nos ha permitido cantar su *Odelette*; tenga usted la bondad de acompañarme, y ya verá usted que la canto á su verdadero compás. Soy una discípula dócil, y no una cumplida artista todavía.

En estas últimas palabras había algo de despecho; pero Villeroy no fijó apenas la atención en ello; él, tan torpe y tan mal avenido con las gentes de la alta sociedad, no era tímido cuando se trataba de música, y subió al estrado, donde el anterior acompañante le cedió su lugar.

Entonces hubo ligeros cuchicheos en la sala: «¿Quién es ese? — La artista cantará algo inédito. —

Parece que el compositor es otro genio descubierto por la señora Milner...» Así se cruzaban los pareceres, pero muy pronto reinó otra vez el silencio.

Mila se recogió, pues quería excitar la admiración del músico. En aquel instante, parecióle ver de nuevo su pequeño salón en la casita de la costa normanda, el viajero cubierto de polvo, el morral arrojado en un rincón, y de nuevo experimentó la sensación de un temor que nada tenía de penoso, tanto que su voz tembló ligeramente al comenzar. Villeroy, admirado, la miró sonriendo, pues agradábase singularmente que manifestase timidez la joven valerosa por excelencia. Sin embargo, muy pronto dejó de temblar; y si la actriz había cantado la gran aria de Gou-

nod, la artista fué la que cantó la *Odelette*. En Mila no estaba aún bien despierta el alma; pero ésta existía, y además, Villeroy, con su acompañamiento, sostenía á la joven, comunicándole su propia inspiración.

El auditorio quedó completamente desorientado. La señora Milner no se engañaba al reclamar para su público música bien conocida. Se aplaudió porque ciertos inteligentes manifestaron un verdadero entusiasmo; mas eran aplausos sin convicción; y por otra parte, la sesión de la música había durado mucho y era preciso comenzar el baile.

— ¿Está usted contento de mí, caballero? Mila se había separado de los admiradores que la

rodeaban para acercarse á Villeroy, y hablábale casi con timidez.

— Muy contento, señorita, contestó el músico.

— Pues entonces..., ¿no vendrá usted á verme? ¿Me dará usted consejos? Sé tan bien como usted que los necesito.

Villeroy sonrió, y después de vacilar un poco, contestó al fin:

— Sí, iré á ver á usted.

Mila dejó al músico, feliz como una niña á quien se ha prometido un premio, y bailó con la mayor alegría. Como buena americana, lo mismo en esto que en todo cuanto hacía, dejábase dominar por su pasión, y se esforzaba para distinguirse. Los mejores bailarines quisieron ser presentados á Mila, y el más asiduo de todos fué el joven pintor americano Wilbur Nevin.

VI

La ópera de Surgeres, oída ya en Bruselas, no era ni mucho menos una novedad; quince años antes se había tratado de darla á conocer en París; mas el compositor, hombre de carácter bastante irascible, cansado de esperar, habíala retirado. Ahora volvía á París triunfante, y todo marchó á pedir de boca.

Los directores se mostraron muy solícitos con el músico; sus intérpretes rivalizaban en celo, y la *mise en scène*, maravillosa por la exactitud, deslumbraba por el lujo.

No hay nada tan curioso como ese público parisiense, que se precia de dar el tono al mundo entero, cuyos aplausos resuenan allende los mares y que se muestra tímido y desconfiado ante una novedad cualquiera, gustándole que sus obras maestras lleguen hasta él de muy lejos, del mismo modo que prefiere beber su vino bonificado por un largo viaje.

Aquella vez, la partida estaba ganada de antemano: la música, muy buena, algo complicada quizás, falta de lozanía y de inspiración, era sin embargo agradable y tenía sus bellezas; y la nueva *prima donna* contribuyó en parte al éxito de la «primera representación.» Un poco intimidada al principio, á pesar de su natural desparpajo, su temor produjo buen efecto y el público la animó con sus aplausos: entonces su voz se elevó, resonando extensa y magnífica en aquella terrible sala de la Ópera. La belleza de Mila, aunque algo extraña y exótica, armonizábase con los trajes de vivos colores, y en París, la belleza de la mujer influye siempre en el éxito de la artista. Hacia el fin de la ópera se produjo el entusiasmo; Mila fué llamada una y otra vez á la escena, y estuvo radiante por sus cantos.

En el palco de la señora Milner, medio oculto en la penumbra detrás de las damas, el Sr. Macready se regocijaba con delicia de aquel triunfo. Cuando en la montaña le había cantado la joven su pobre canción popular, el americano entrevió mentalmente aquella escena, que ahora era una realidad, presintiendo los aplausos que en aquel momento resonaban en el teatro; pero en medio de su verdadera alegría de «melómano,» deslizóse un sentimiento de inquietud, casi de envidia. Habíase mantenido lejos de su protegida resueltamente, á fin de evitar que la menor sospecha perjudicase á su reputación, y deseoso también de ver cómo se conduciría una vez abandonada á sí propia; pero aunque así separado de los demás, pensaba en Mila como en su obra, como si fuese un bien suyo, algo por el estilo de la *Odelette*, escrita para él solo y que le agradaba cantar en la soledad. Ahora Mila entraba en la vida, con la cabeza alta, sin tener necesidad de auxilio ni protección; la misión de él había terminado; y como ante todo aquello que concluye, formando parte de ese pasado que se ha extinguido para no volver más, Macready sintió una tristeza profunda. La sensación producida por la desaparición de las cosas le oprimió dolorosamente, y reconocióse viejo y gastado al mirar á aquella joven tan hermosa, tan palpitante de vida y alegría.

La señora Fletcher se había sentado entre la señora Milner y la princesa Pignacci, y estaba muy tranquila, por lo menos al parecer. Cuando se tiene el gran honor de haber nacido en New-Hampshire es preciso mostrarse digna, no manifestando asombro ni admiración. La tía Deborah hubiera podido decir también que lo más extraño para ella era encontrarse allí, sentada en un palco del teatro de la Ópera, escuchando á su sobrina, por cuyas venas circulaba la sangre de los Harcourt, y que cantaba con todo su vigor para deleitar á personas desconocidas, á franceses, naturalmente todos libertinos. Se arrepintió, como de una debilidad, de la ligera emoción que había sentido y de la secreta alegría, reprimida muy pronto, que acababan de probarle que no desdénaba tanto como debiera un triunfo reprobado por su religión.

La tía Deborah era una diversión para la señora Milner, á quien no faltaba seguramente cierto sentimiento irónico respecto á las cosas de la vida. No había conseguido deslumbrar á aquella mujer austera y sencilla, la cual se mostraba indiferente á los millones, pareciéndole que las alhajas eran simplemente dijés indignos de una americana sensata. Había rehusado asistir á la reunión de su rica compatriota, y hubiera preferido asistir al *debut* de Mila en una obscura galería; pero cedió á las instancias de su sobrina, así como consintió antes en que le hicieran un vestido de terciopelo negro para aquella ocasión. En su cuerpo flaco y huesoso, el terciopelo formaba pliegues muy tristes y de mal efecto; pero la fría dignidad en los modales de aquella mujer compensaba, por lo menos á sus propios ojos, lo que su persona y su tocado pudieran tener de seco y austero.

— ¿Siente usted aún, señora, dijo el Sr. Macready, durante un entreacto, no haber dedicado á su sobrina á maestra de niñas?

— Ciertamente que sí lo siento. La enseñanza es una cosa noble; y á no ser por Mila, no me hallaría en París haciendo las veces de madre de una cantante. Como tuve el honor de manifestarle en nuestra primera entrevista, mi vida, desde la juventud, ha sido una contrariedad, y siempre hice lo que era contrario á mi naturaleza y á mi carácter.

— Al fin y al cabo todo se arregla, repuso Macready sonriendo.

— Sí, todo se arregla, puesto que todo pasa. No negaré que el triunfo de Mila lisonjea lo que hay más débil en mi naturaleza; pero al menos tengo conciencia para ruborizarme de mi propia satisfacción.

— No hay en verdad motivo para ello. ¿No es cierto, señora Milner?

— Yo estoy completamente encantada, contestó la dama, y hasta me parece, amigo Macready, que el triunfo de nuestra protegida se refleja en nosotros. Esto me enorgullece mucho.

El americano sonrió, pensando que la señora Milner había esperado aquel éxito, ó más bien el crepúsculo de aquel triunfo, para declararse protectora de la joven.

Durante un entreacto, Macready fué á felicitar á la artista en su cuarto; rodeábanla muchas personas, y se contentó con estrechar su mano, diciendo:

— Partida ganada, hija mía.

— ¿No es verdad que sí? ¡Oh! ¡Si supiera usted qué contenta estoy! Sueño en hacer por el Sr. Villeroy lo que he hecho por el Sr. Surgeres. ¿Dónde está su amigo? ¿Por qué no le he visto?

— Pues se halla en la platea; yo le he visto; y también he notado que Surgeres hacía mucho caso de él...

La alegría de Mila se turbó durante algunos momentos. ¡Villeroy en el teatro, y ni siquiera había tratado de acercarse á ella! Tal vez no habría quedado satisfecho de la ejecución...

En medio de su triunfo faltábale algo.

Transcurrieron después los días, y Mila recibió muchas visitas; pero el músico no se presentó, aunque había prometido ir á verla.

La señora Fletcher y su sobrina se habían instalado en el barrio americano de los Campos Eliseos. Su casa, muy alegre, llena de sol, con ligeras colgaduras que permitían la entrada del aire y de la luz con toda libertad, era esencialmente femenina: muchas mesitas, sillas bajas, pantallas de vivos colores, biombo japonés; todo esto, algo incongruente tal vez, pero grato á la vista y sobre todo muy alegre. A la señora Fletcher le parecía aquel interior un poco indecoroso; mas se acostumbró á él, y hasta admiróle después pensar que la vida con su sobrina era agradable y dulce.

Peró la señora Fletcher se quejaba de los numerosos visitantes que llenaban la pequeña casa, tan alegre y hospitalaria, porque el cargo de rodrigón en tales condiciones no era una canonjía. A Mila le agradaba recibir á sus amigos y conocidos, y la presencia de su tía le autorizaba para ello. En la colonia americana, fácil de entusiasmarse, fué muy solicitada; también visitaba algunas veces la sociedad francesa de la señora Liardow, que orgullosa de su discípula, complacíase en presentarla. Sin embargo, no estaba allí tan á gusto como entre sus compatriotas. Todos los rasgos de su nación acentuábanse á medida que los años pasaban, y con su nombre español parecía más americana de lo que fué en el rancho de su tío.

Cierto día le anunciaron una visita, pero sin darle tarjeta alguna, y de pronto vió ante sí á un joven alto, de espeso bigote; miróle un instante indecisa, y después, como le viera sonreír, abrazóle con alegría.

— ¡Bob, mi querido Bob, exclamó, cómo me alegra volver á verte! ¿Pero por qué no anunciarme tu llegada?

— Quería sorprenderte en tu nueva vida, y me

dije: «Si ha cambiado, si me han echado á perder á mi prima Mila, me marcharé para no volver á verla más.» He atravesado el Atlántico solamente para averiguar esto.

— ¿Y volverás á marcharte?, preguntó Mila con aire burlón.

— Me quedaré si lo quieres así; pero no estaba muy tranquilo. Nuestros diarios hablaban mucho de los triunfos de la señorita del Paso, y ya comprenderás que en vista de esto me consideré un pobre personaje, comparado con la *prima donna* de moda.

Mila soltó la carcajada.

— Sin embargo, dijo, la excesiva modestia no fué nunca tu defecto, y ahora que Harvard y los cursos de Derecho han contribuído á realzar más tu natural talento, esa modestia debe haber disminuído más aún.

— Pues en esto te engañas, Mila. Son presumidos precisamente los que no saben nada. Yo me persuadí de que al fin no sería más que un pobre abogado, y dejé mis libros de leyes en Nueva York.

— ¿Y qué harás ahora?

— Viajar, estudiar las lenguas vivas, leer mucho y observar tanto como pueda.

— En fin, ser un *dilettante*. Es la manera de gastar agradablemente una fortuna, no de ganarla.

— No necesito adquirirla. Tengo con que vivir á mi manera...

— Es decir, como hombre inútil, concluyó Mila vivamente.

El joven se sonrojó, pero limitóse á contestar:

— Espero que no, Mila. El estudio de las leyes no tiene atractivo para mí, y no veo por qué me he de consagrar á él. Por otra parte, un abogado que tiene ocupaciones, apenas podría atravesar el Océano para venir á dar los buenos días á su prima...

— Sería muy poco amable si te riñese, Bob, repuso la joven, y así lo dejaremos para más tarde. En cuanto á mí, me apasiono de tal manera por el trabajo y lo hago todo con tanta alegría, que no comprendo á los que se contentan con ver á los demás vivir y afanarse, sobre todo si tienen el honor de ser americanos... ¡Ah! Mi tía Deborah se resentirá porque no la he llamado en seguida.

— ¿Cómo se ha resignado nuestra buena tía á salir de Seaport?

— Para protegerme y librarme del peligro. Se representaba á su sobrina como una pobre oveja rodeada de lobos voraces.

— ¿Y no tenía miedo la oveja?

— De ningún modo, Bob, te lo aseguro...

El asombro de la tía Deborah al ver á su sobrino sentado en el salón, hizo reír al joven, que correspondió lo mejor que pudo al abrazo obligatorio.

Roberto Harcourt no era ya el Bob de la granja, el que cuidaba las vacas de su padre, el atrevido jinete que tan bien manejaba el lazo. De su vida al aire libre no conservaba más que la desenvoltura y ligereza en los movimientos y una naturalidad extrema en todo cuanto decía ó hacía. La señora Fletcher acostumbraba á decir de él: *Bob is breezy*, queriendo indicar con esto que los vientos frescos y puros de la montaña parecían soplar aún entre su cabello, comunicando frescura á sus mejillas y una extremada limpidez á sus ojos de color azul claro. Roberto era un joven muy agraciado, con su espeso bigote rubio, algo rojizo, y su cabello más oscuro, de visos dorados.

En sus largas conversaciones con Mila dábale á entender que si había deseado llegar á ser hombre distinguido, un verdadero *gentleman*, en el sentido más elevado de la palabra, fué para igualarse más á ella y merecer su aprobación. Como en la mayor parte de las declaraciones masculinas de este género, había un poco de verdad y mucho de imaginación: á los veinte años, Roberto amaba apasionadamente á su linda prima; más tarde, el recuerdo de Mila no le abandonó nunca del todo; pero no se escribían, y vivían lejos uno de otro. De vez en cuando, Roberto se enamoró y su fidelidad al recuerdo de Mila tuvo intermitencias, cosa que se guardó de confesar. Después, cuando la obscura trabajadora llegó á ser una cantante de quien se ocupaban los diarios, celebrando su belleza y su talento, el amor un poco adormecido del joven se despertó de repente; y cuando se persuadió de no haber amado más que á Mila, casi lo pensaba de buena fe.

Roberto llegó á ser el familiar de la casa, pues su próximo parentesco se lo permitía, y Mila le utilizaba sin el menor escrúpulo, con una verdadera desenvoltura de joven americana.

El Sr. Macready se encontró, naturalmente, con el primo de Mila. Los dos hombres se dieron la mano, y cambiaron algunas palabras corteses, pero sintiendo una mutua antipatía.

Al ver la intimidad de Mila y de su primo, el se-

ñor Macready hizo más de tarde en tarde sus visitas; pero la joven cantatriz, arrebatada en el torbellino mundano, que la divertía por su novedad, y muy ocupada con su trabajo, no hizo al pronto aprecio de aquella defección.

Lo que observó, no obstante, fué que la prometida visita de Villeroy no se cumplía, y esto la irritó singularmente. Acostumbrábase pronto á los elogios y obsequios de los hombres que la buscaban, aceptándolos como si le fueran de bidos; un poco enorgullecida por su rápido triunfo, sentía un deseo irritante, que llegaba casi hasta la obcecación, de que le fueran tributados por Villeroy. Todas las noches se decía: «Será mañana,» y el día siguiente pasaba sin que el músico diera señales de vida. Demasiado altiva para quejarse, Mila, no obstante, hacía de modo que el Sr. Macready le dijese, sin dar al parecer importancia á lo que preguntaba, todo cuanto hacía Villeroy. Se había encerrado, no veía á nadie, trabajaba tanto, que se exponía á enfermar, y era feliz como un dios... Si no buscaba á Mila, tampoco iba en pos de otras, y la joven debió contentarse con esta media satisfacción.

Seguramente que si Villeroy hubiera querido, por cálculo de coquetería, obligar á Mila á ocuparse de él, no habría hallado mejor medio; pero el músico era absolutamente incapaz de ningún cálculo, fuera cual fuese.

Solamente por casualidad llegaron á encontrarse al fin un día.

Mila había experimentado siempre la necesidad de andar mucho y de hacer ejercicio, así es que por la mañana muy temprano se iba al bosque de Bolonia sola y paseaba rápidamente, hiciese bueno ó mal tiempo. Así hacía buena provisión de aire fresco antes

de comenzar su trabajo. Los baños fríos y mucho ejercicio conservaban su frescura, hasta en medio de una vida muy fatigosa y enervante.

Cierta mañana de diciembre, con un tiempo frío y seco, andaba ligeramente, abrigada con su chaquetilla de piel de nutria y cubierta la cabeza con un sombrero del mismo género; aspiraba con alegría el aire helado, y hacía resonar sus tacones en la tierra endurecida. De pronto se encontró frente á frente del músico al doblar una alameda, y detúvose, comprendiendo que se ruborizaba, tanto de placer cuanto de cólera. A no ser por aquella súbita detención, Villeroy hubiera pasado de largo sin verla; pero la saludó, iluminados sus ojos por una expresión de alegría, y sin pedir permiso, siguió andando junto á la joven.

— En usted pensaba, señorita, en este mismo instante, dijo. Yo creo en las simpatías, á las cuales se debe que de improviso se vea á las personas en quienes siempre se piensa, ó que las cartas se crucen, ó que en una conversación indiferente se pronuncie un nombre querido sin saber por qué...

— Pues yo, caballero, creo mucho más en las simpatías activas que, por ejemplo, obligan á cumplir una promesa cuando se ha dado...

— ¿Estaría usted resentida tal vez? ¿Por qué?

Francisco Villeroy miró á la joven con extrañeza; el sonido de la voz, cosa en extremo sensible para su oído, le había llamado la atención por su aspereza vibrante. Mila se detuvo y le miró á su vez; pero había en él algo tan ingenuo y casi infantil, y su mirada imploraba tan bien una explicación, que la joven sonrió á pesar suyo.

— Así me gusta, dijo Villeroy, ya no me riñe usted. Francamente..., no comprendo que nadie me tenga mala voluntad, y sobre todo usted.

— ¡Cómo!.. ¿Que no comprende? ¿Después de hacer yo cuanto podía para complacerle, para cantar su música como se le antojaba, y cuando ve usted en mí á su futura intérprete, desaparece usted de pronto como por escotillón! En la noche de mi *debut*, todos mis amigos y todos los indiferentes también,

cuyos cumplidos me dejaban fría, fueron á saludarme; solamente usted dejó de presentarse en mi cuarto, á pesar de que estaba en el teatro, me consta. Tenía empeño en contentar á usted, y una palabra de sus labios me hubiera enorgullecido y hecho feliz; pero esa palabra, aún no me la ha dicho usted. Después pensé que no querría confundirse entre la multitud, y que le vería en mi casa, según me prometió; pero han transcurrido más de dos meses desde que *debu-*

lido ahora como un loco después de una noche insensata. Imaginábame que usted me cantaba mi gran escena final, con una pasión y una desesperación infinitas; y entonces la he visto de repente, y el rumor de la hojarasca bajo sus diminutos pies ha sido para mí otra música. Todo es música en usted y alrededor de usted, y no sé si son todas esas armonías las que me transportan, ó si es el brillo de sus ojos ó la belleza encantadora de su persona. No..., le ruego á usted... no me hable ni me riña, y permítame correr á mi trabajo mientras me estremezco todavía con la impresión de su presencia. Muy pronto estará terminada mi ópera; se la llevaré, la tocaré en el piano para que usted la cante, y esta será una dicha sin igual.

Dicho esto, desapareció Villeroy, dejando á la joven aturdida, sin saber si debía enojarse ó perdonar al músico.

Después, cuando Mila se encontró sola, un sentimiento exquisito hizo desbordar su corazón; comprendió que había amado á Villeroy y desde un principio; sabía que le amaba, y sintióse feliz.

VII

El pequeño salón de la diva americana rebotaba de gente, porque era el día de su santo; Mila estaba de moda; la enorgullecía también haber conservado su reputación intacta, y agradábase rodearse de mujeres, sobre todo de jóvenes, de las cuales era adorada.

Después de la señora Milner, otras damas de la colonia trataron de apoderarse de la cantatriz para presentarla á sus convidados y hasta admitirla en su intimidad. Mila las dejaba hacer cuanto querían, regocijándose de vivir así, joven y rebosando salud, un poco embriagada por su

doble triunfo de artista y de mujer, pero conservando á pesar de todo la sencillez y naturalidad que le eran características.

Aquel miércoles, hacía fines de diciembre, las lámparas se encendieron temprano, y su luz suave, tamizada por las enormes pantallas de color de rosa ó amarillas, de moda entonces, comunicaba un aspecto más gracioso y lozano á las jóvenes agrupadas alrededor de Mila. Dos hermanas, lindas como amores, servían el te; enormes macetas de lilas y ramos de rosas exhalaban su perfume en los jarrones; mientras una graciosa espesura de plantas verdes, las elegantes tapicerías y los dijes y adornos exóticos formaban un conjunto muy agradable á la vista.

Algunos hombres llegaron á última hora. El señor Macready fué á sentarse en un rincón junto á la señora Fletcher, y allí escuchaba lo que ésta le decía, contestando con indiferencia, mientras seguía con los ojos á su ex pupila.

Mila ostentaba un gracioso vestido de lana muy sencillo, de color gris, casi blanco, que realzaba su delicado talle, la anchura de sus hombros y sus airoso movimientos.

Otros hombres la miraban, como el Sr. Macready, con alegría, entre ellos su primo Roberto Harcourt y el pintor Wilbur Nevin, y éste con más insistencia tal vez que el mismo Bob.

Nevin no se limitaba á contemplarla, sino que la estudiaba en detalle con singular complacencia, notando el color vagamente sonrosado de las mejillas, el mate tan fino y delicado de su cutis moreno y la caprichosa forma del cabello negro, que formaba ligeros rizos como una seda muy suave.

Wilbur Nevin no era hombre sentimental, y aunque muy capaz de tener un capricho violento y apasionado, la verdad es que á nadie había querido en realidad más que á sí propio; pero este afecto era tan profundo, que llenaba todo su ser. De origen bastante humilde, había conocido la pobreza lo suficiente para odiarla. Todo le había parecido bueno para elevarse, y al fin lo consiguió,

(Continuará)



De pronto se encontró frente á frente del músico al doblar una alameda

¿y usted no ha venido. ¿Cómo puede esperar, pues, que al encontrarnos casualmente le ponga buena cara, y que me parezca natural ser estimulada ú olvidada por usted, según el capricho del momento? ¡Ah, no, esto sería demasiado! Estoy resentida con usted, y se lo digo claramente; si alguna virtud tengo, es la franqueza, y tanto peor para usted si esto le molesta.

Villeroy escuchaba con la misma atención de siempre la vibración exquisita de aquella voz, más aún que las palabras; pero estas últimas le produjeron una especie de gozo que no había experimentado jamás. Por eso no se apresuró á contestar, saboreando aquella alegría velada, mientras contemplaba el lindo rostro, sonrosado por la emoción, más bien que por el frío. Después murmuró, como si hablara consigo mismo:

— ¡Resentida conmigo..., resentida conmigo..., bueno es eso!

Mila se estremeció ligeramente, é imaginando la interpretación posible que se daba á su cólera, se irguió con altivez.

— Comprenderá usted, Sr Villeroy, dijo, que un artista no podría mostrarse indiferente con el compositor de quien espera una partitura.

— No vuelva usted á ser una mujer como todas las demás, ni trate de ocultar lo que siente. ¿Por qué no hemos de ser francos, así usted como yo? Desde el día en que yendo por el camino oí su voz, tan hermosa, tan dulce y vibrante, no he pensado más que en usted, ni he trabajado más que para usted, porque es la intérprete soñada, y la mujer ideal también. ¿Qué importa que sea el músico quien la comprendió y la adoró, si usted ha de haber sentido que mi alma iba en busca de la suya? Todas las conveniencias del mundo se quebrarían como frágil vidrio si usted tratase de oponerlas entre nosotros. Ya verá cómo mi música, en todas cuyas notas palpita el recuerdo de usted, hablará por mí. ¿Esperaba una visita de cortesía?.. ¡Oh! Ya sabe usted que yo soy una especie de salvaje, y que es preciso tomarme así. Trabajo hasta perder casi el juicio, cosa para mí deliciosa, y he sa-

SECCIÓN CIENTÍFICA

LA FOTOGRAFÍA AL TRAVÉS DE LOS CUERPOS OPACOS

El profesor de Física de Wurzburg, el doctor Roentgen, ha realizado á fines del año último un importante descubrimiento físico: en efecto, en sus experimentos ha encontrado una clase de rayos que tienen propiedades hasta ahora desconocidas. Este descubrimiento, de grande importancia teórica y



El profesor Guillermo Conrado Roentgen

que será causa, según todas las probabilidades, de notables progresos desde el punto de vista práctico, se enlaza con un fenómeno lumínico observado hace algunos años, el de los rayos catódicos. Guillermo Hittorf, profesor de Física de la Academia de Munster, fué el primero que llamó la atención sobre este fenómeno, habiendo trabajado mucho para llegar al conocimiento exacto del mismo. Después de él, el profesor doctor Goldstein, físico del Observatorio Astronómico de Berlín, se ocupó especialmente en investigar las propiedades de los rayos catódicos, y en estos últimos años Enrique Hertz y Schopfer, prematuramente muerto, estudiaron la teoría lumínica de la electricidad, y el discípulo y continuador del último citado, Felipe Lenard, actualmente profesor en Aquisgrán, ha investigado algo nuevo acerca de aquellos rayos. Independientemente de Hittorf y mucho después que éste el físico y químico inglés Crookes realizó estudios análogos á los suyos.

Para la mejor inteligencia de las tentativas fundamentales de Hittorf hay que tener previamente en

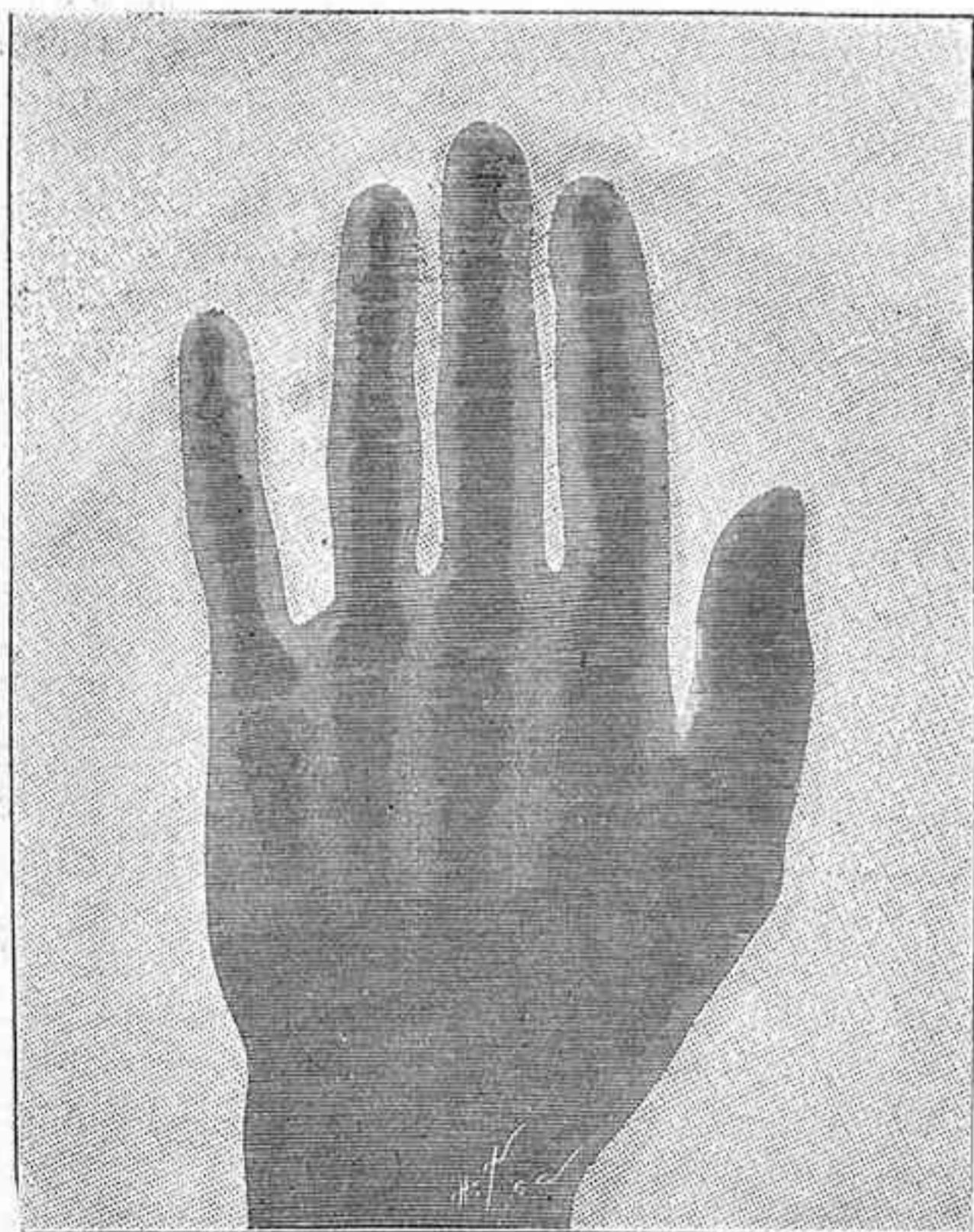


Fig. 1. - Mano fotografiada con los rayos Roentgen

cuenta varias consideraciones. Estudiando los fenómenos de inducción llegaron los químicos á estudiar la descarga eléctrica en el aire enrarecido y en los gases: para facilitar este estudio, el mecánico de Bonn, Geissler, construyó unos tubos especiales que llevan su nombre, tubos de cristal y llenos de gas

muy enrarecido, á cuyos extremos van soldados unos alambres de platino, electrodos: si se ponen estos alambres en contacto con los polos de un caudal eléctrico de muy alta tensión, la electricidad atraviesa el gas, observándose que el gas, del tubo permanece completamente obscuro y sólo frente al electrodo negativo aparece una mancha brillante de luz amarilla, verde ó azulada, mancha que se llama de fluorescencia. A estos rayos que salen del catodo y se denominan por esta razón rayos catódicos, les señaló Hittorf, entre otras, dos propiedades esencialísimas, á saber: que únicamente se mueven en línea recta, y que si bien no brillan por sí mismos, producen en las paredes del tubo fenómenos de fluorescencia. Crookes explicó el fenómeno, diciendo que del catodo, al ser atravesado por la corriente, se desprendían pequeñas partículas, estableciendo de este modo su teoría de emanación, enfrente de la cual opuso Eilhardo Wiedemann la de que el fenómeno observado en el tubo Geissler-Hittorf era producido por un movimiento ondulatorio.

Con ocasión del estudio de estos notables rayos catódicos ha realizado Roentgen su maravilloso descubrimiento: el ilustre físico encerró un tubo Hittorf en una caja de cartón negro, tan grueso que al través del mismo no pasaba el menor átomo de luz solar; cerca del tubo había un trozo de papel cubierto de platino cianuro de bario, substancia que tiene la propiedad de iluminarse con una luz blanca cuando la hieren los rayos lumínicos ó catódicos. Así dispuestas las cosas, Roentgen envió una fuerte corriente de inducción al tubo Hittorf, encerrado como queda dicho, y observó que cada vez que la electricidad pasaba por el tubo brillaba el trozo de papel fluorescente. Era, pues, evidente que los rayos que producían este fenómeno, invisibles al ojo humano, atravesaban la caja de cartón negro. Roentgen comprobó que estos rayos no partían de todos los puntos del tubo Hittorf, sino solamente del sitio atacado por los rayos catódicos, y observó que colocando entre este sitio y el papel fluorescente un cuerpo cualquiera, un libro, una plancha de metal ó de madera, aparecía en el papel una sombra clara, aunque no completamente obscura del objeto interpuesto. De suerte que los rayos Roentgen atraviesan los cuerpos, aun aquellos que son impenetrables á los rayos lumínicos hasta ahora conocidos, pero al atravesarlos son absorbidos por ellos en distinta proporción, según la naturaleza de los mismos.

Los rayos de Roentgen tienen además una propiedad especial de gran importancia para su estudio y para su aplicación práctica, y es la de obrar sobre las placas secas de gelatina utilizadas por la fotografía, de la misma manera que sobre ellas obran los rayos lumínicos ordinarios; de suerte que las imágenes producidas por los rayos Roentgen, tales como éste las vió en el papel fluorescente, pueden ser fijadas en una placa fotográfica, con la particularidad de que no hay que abrir, como antes sucedía, la cajita de madera que contiene las placas sensibles, pues los referidos rayos atraviesan perfectamente aquella materia. En virtud de esta propiedad pueden sacarse imágenes, y esto es precisamente lo que mayor admiración ha causado, de objetos completamente envueltos en una substancia opaca. Así Roentgen pudo fotografiar una colección de pesas de latón y otros objetos encerrados en cajas de madera; pero lo que más sensación ha producido ha sido la fotografía de una mano en la que se distingue claramente el esqueleto de ésta, como puede verse en la figura 1, con lo cual se demuestra que la envoltura, bien sea la madera de las cajas, bien los músculos y la piel que cubren los huesos de la mano, es fácilmente penetrable por los rayos de Roentgen: sin embargo, los metales no lo son, y los huesos lo son mucho menos que los músculos. En un folleto publicado por Roentgen anuncia la hipótesis de que los nuevos rayos deben ser atribuidos á las vibraciones longitudinales del éter: esta suposición, en la que se afirmó más y más en el curso de sus experimentos, necesita sin embargo mayor fundamento.

Guillermo Conrado Roentgen, nacido en 1845, dedicóse á la física bajo la dirección de Augusto Kundt y se dió á conocer en 1870 con su trabajo sobre *determinación de la relación del calor específico del aire*, que escribió estando en el laboratorio físico de la universidad de Zurich, en la cual había recibido un año antes el grado de doctor. Cuando en 1870 Kundt fué llamado á Wurzburg, siguióle Roentgen en calidad de ayudante: en 1872 uno y otro se trasladaron á la universidad del Emperador Guillermo de Estrasburgo recientemente fundada. Allí empezó en 1874,

como agregado en la facultad, su actividad profesoral. En 1875 fué nombrado profesor de Física y Matemáticas en la Academia de Hohenheim; al año siguiente volvió, como profesor numerario, á la Universidad de Estrasburgo; en 1879 fué nombrado profesor

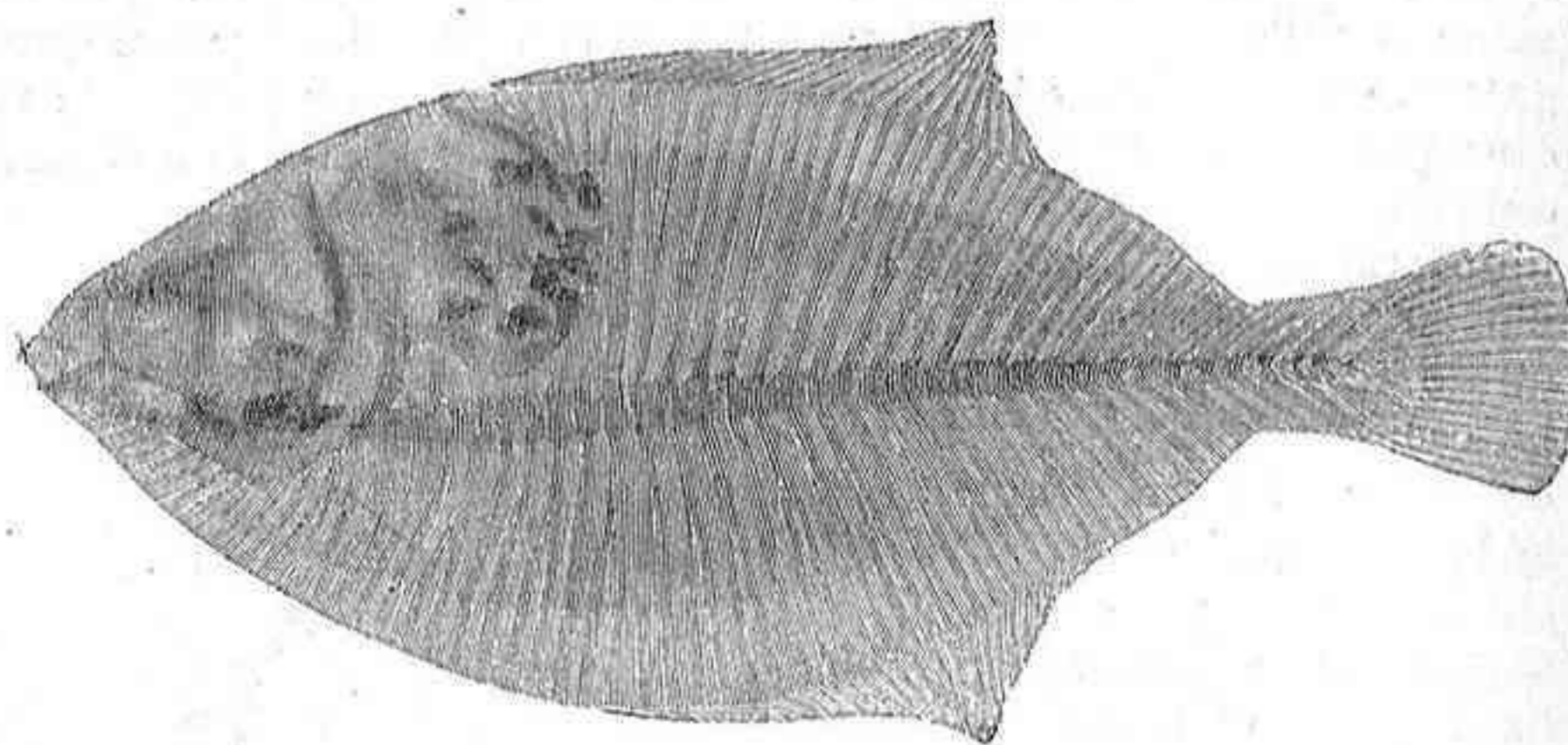


Fig. 2. - Pescado fotografiado con los rayos Roentgen

y director del Instituto Universitario Físico de Giesesen y en 1888 lo fué con igual cargo para la de Wurzburg. Las investigaciones científicas de Roentgen se refieren á la teoría del calor específico y de la difusión del calórico, á la de las descargas de baterías, á la rotación electro-magnética del plano de polarización, á la absorción de los rayos calóricos, á la teoría de la densidad, compresibilidad y expansión superficial de los líquidos, etc., etc.

Apenas conocidos los experimentos del doctor Roentgen, los sabios de todo el mundo se han consagrado á la tarea de repetirlos en sus laboratorios.

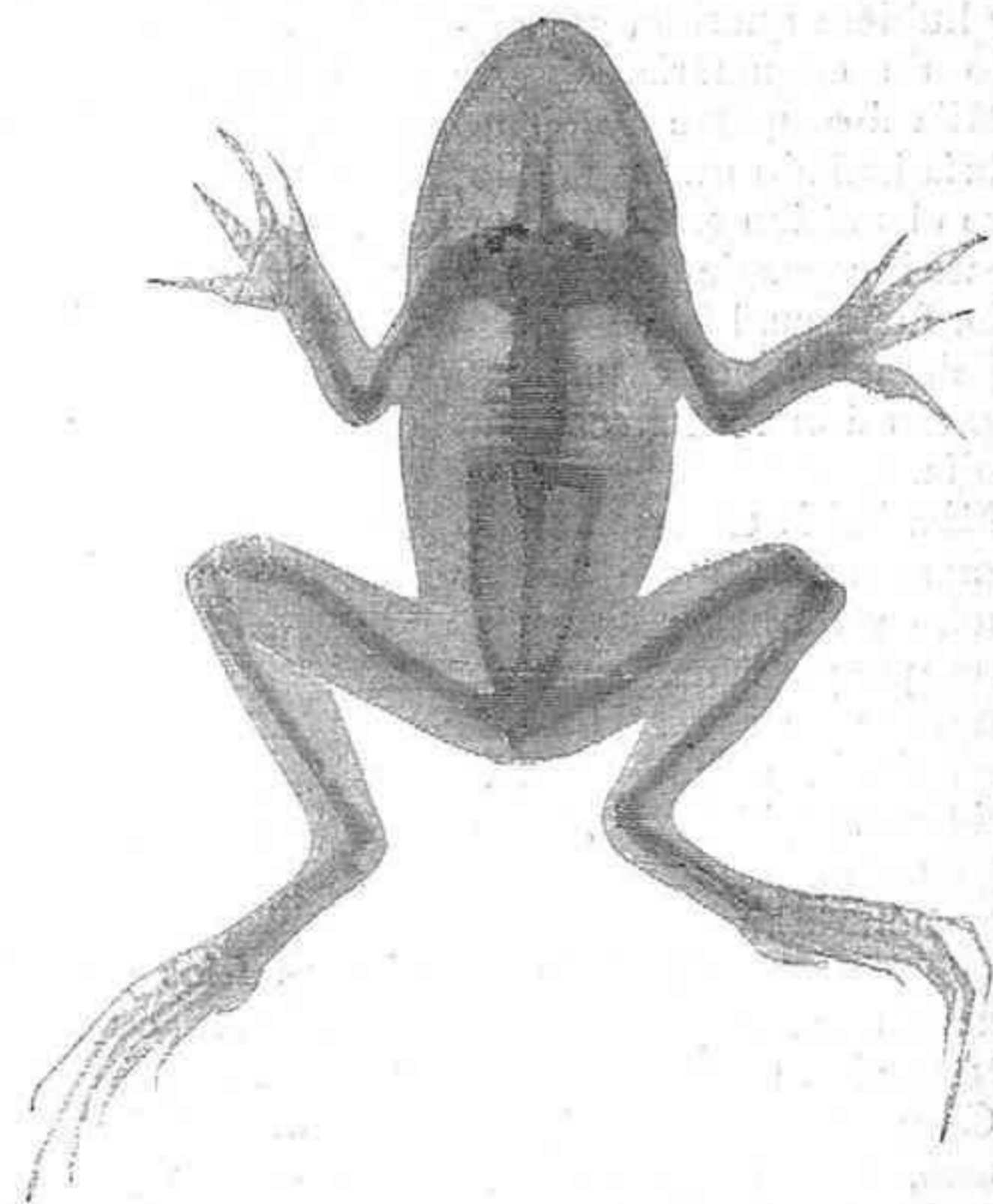


Fig. 3. - Rana fotografiada con los rayos Roentgen

En París, M. Perrin, preparador del laboratorio de física de la Escuela Normal Superior, ha obtenido, entre otras pruebas, las dos que reproducimos en esta página (figs. 2 y 3) y que representan un pescado y una rana. Estos dos animales habían sido colocados sobre un chasis de madera negra que contenía una placa fotográfica y debajo del cual funcionaba un tubo de Crookes. Los rayos Roentgen, á pesar del chasis hermético que la luz más intensa no hubiera podido atravesar, impresionaron la placa; pero el cuerpo de la rana y el del pescado, aunque permeables también á esos rayos misteriosos é invisibles, les han opuesto una resistencia que se ha traducido por un menor ennegrecimiento local. Este menor ennegrecimiento ha constituido el clisé: los diminutos huesos de la rana, las espinas y los cartílagos del pescado, más impenetrables para los rayos Roentgen que los tejidos blancos que los rodean, se han afirmado en claro sobre el clisé y por ende en negro sobre la prueba.

Con un dispositivo análogo el doctor Oudin ha obtenido la curiosa imagen del brazo de un niño muerto en el sexto mes de su gestación: los huesos, no completamente formados todavía y separados unos de otros, destacan en la fotografía por su color negro sobre la translucidez de las partes blancas. De esta manera quedará considerablemente simplificado el estudio del proceso de la osificación, que tan difícil y largo resultaba, hecho por los procedimientos anatómicos ordinarios.

Por otra parte, M. Lanelongue, de la Academia de Ciencias de París, ha empezado ya una serie de experimentos con objeto de comprobar la posibilidad de utilizar para el diagnóstico y la terapéutica de las enfermedades internas el procedimiento fotográfico

de Roentgen, y á pesar de la imperfección de los aparatos y de las deficiencias inherentes á todos los experimentos nuevos y en extremo delicados, ha podido obtener con el concurso de los profesores Oudin y Barthelemy resultados de gran importancia. Sus primeras investigaciones se han dirigido á la observación de un fémur atacado de osteomielitis, habiendo la fotografía revelado un vaciamiento interior del hueso, hecho que corrobora las ideas hace quince años emitidas por M. Lanelongue acerca del desenvolvimiento de esta lesión; es decir, que la enfermedad reside en el canal central del hueso, y la destrucción del tejido óseo se opera del centro á la periferia. El segundo órgano examinado ha sido una mano de un niño de once años, atacada de tubérculo en el dedo medio. La fotografía ha mostrado la segunda falange engrosada por la hinchazón inflamatoria; la segunda falange aparece más pálida y el tejido óseo está rarificado, conjeturándose la existencia de pequeños canales por los cuales las partes blandas son invadidas por las

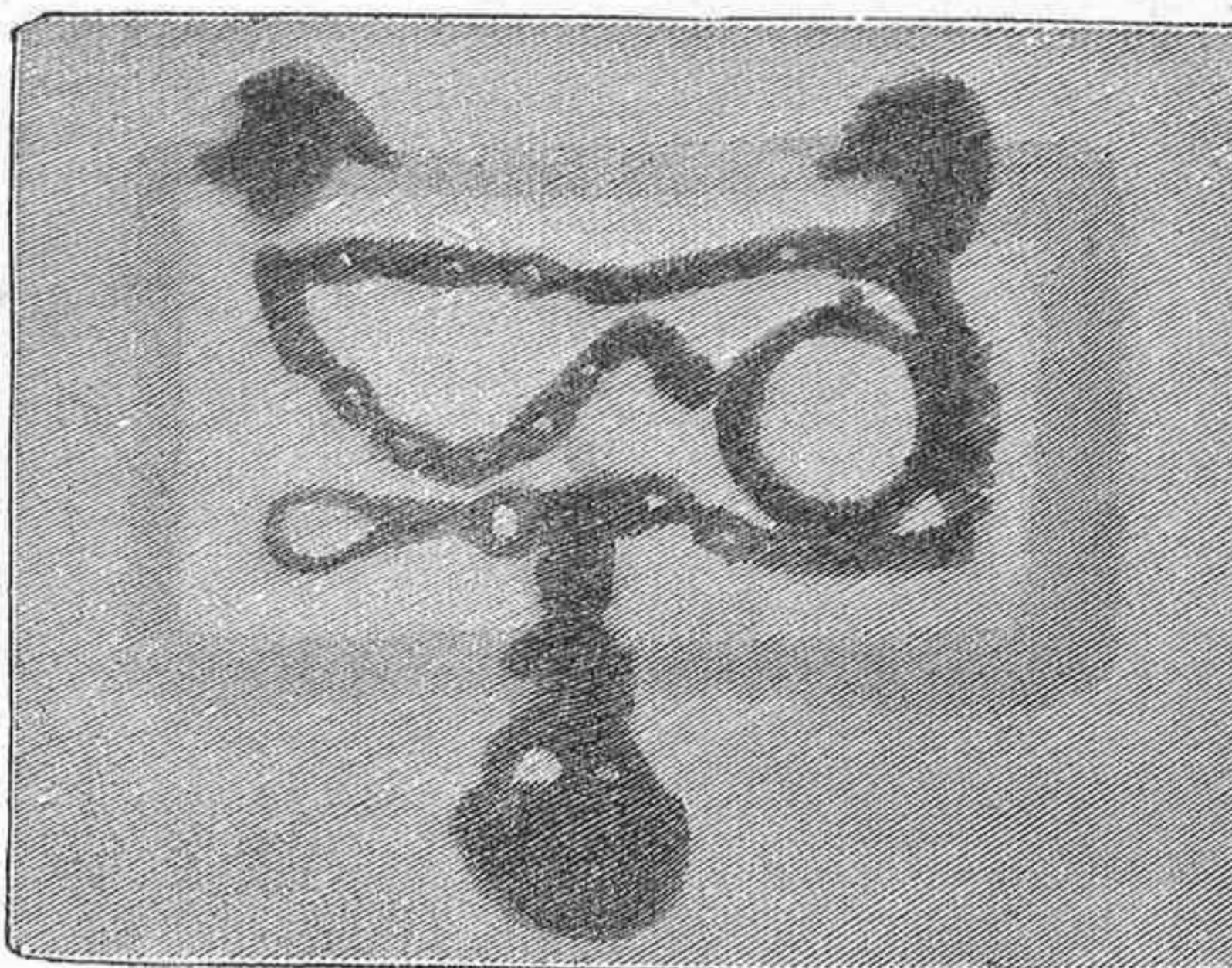


Fig. 4. - Fotografía de una leontina encerrada en su estuche

fungosidades del interior del hueso. Por último, una mano puesta largo tiempo en maceración en alcohol cargado de ácido arsénico, ha dado una fotografía que deja ver todavía el sitio interno de la lesión.

Si se tiene en cuenta que estos resultados son en cierto modo provisionales, concíbese que es permitido esperar con M. Lanelongue que el método Roentgen es susceptible de proporcionar datos de mucha mayor importancia particularmente para todo lo que se refiera al diagnóstico de determinadas lesiones.

Los experimentos que se han hecho en Viena por el doctor Moretig, no sólo han sido felicísimos, sino que se han aplicado posteriormente en las clínicas.

En Italia son varios los profesores que con excelentes resultados han llevado á cabo estos experimentos, mereciendo especial mención entre ellos los profesores Vicentini, de la Universidad de Padua; Murani y Batelli, de Milán; Garbasso, de Pisa, y Righi, de Bolonia. - X.



SOR CLEMENCIA

NOVELA DE COSTUMBRES ESCRITA POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

AUTOR DEL MANUSCRITO DE UNA MADRE Y DEL MÁRTIR DEL GÓLGOTA

El argumento de esta preciosa novela no está basado en una pura ficción; es una verídica historia que excita cada vez más el interés, según se van recorriendo sus páginas; es una de aquellas narraciones que conmueven y consuelan el alma al mismo tiempo; es un drama de la vida, de esos que encierran un gran pensamiento filosófico y moral, á la par que una provechosa enseñanza.

Se vende en todas las librerías y centros de suscripción de España, en un tomo bonitamente encuadrado en tela, por el precio de CINCO PESETAS, y encuadernado á la rústica CUATRO PESETAS.

<p>Pildoras y Jarabe DE BLANCARD Con Ioduro de Hierro Inalterable. ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc. Exijase la Firma y el Sello de Garantía. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.</p>	<p>Solucion BLANCARD y Comprimidos de Exalgina JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORS { DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS. El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. CONTRA EL DOLOR</p>
----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrófulosas y escorbúticas, etc. El **Vino Ferruginoso de Aroud** es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el Vigor, la Coloracion y la *Energía vital*.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRE, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

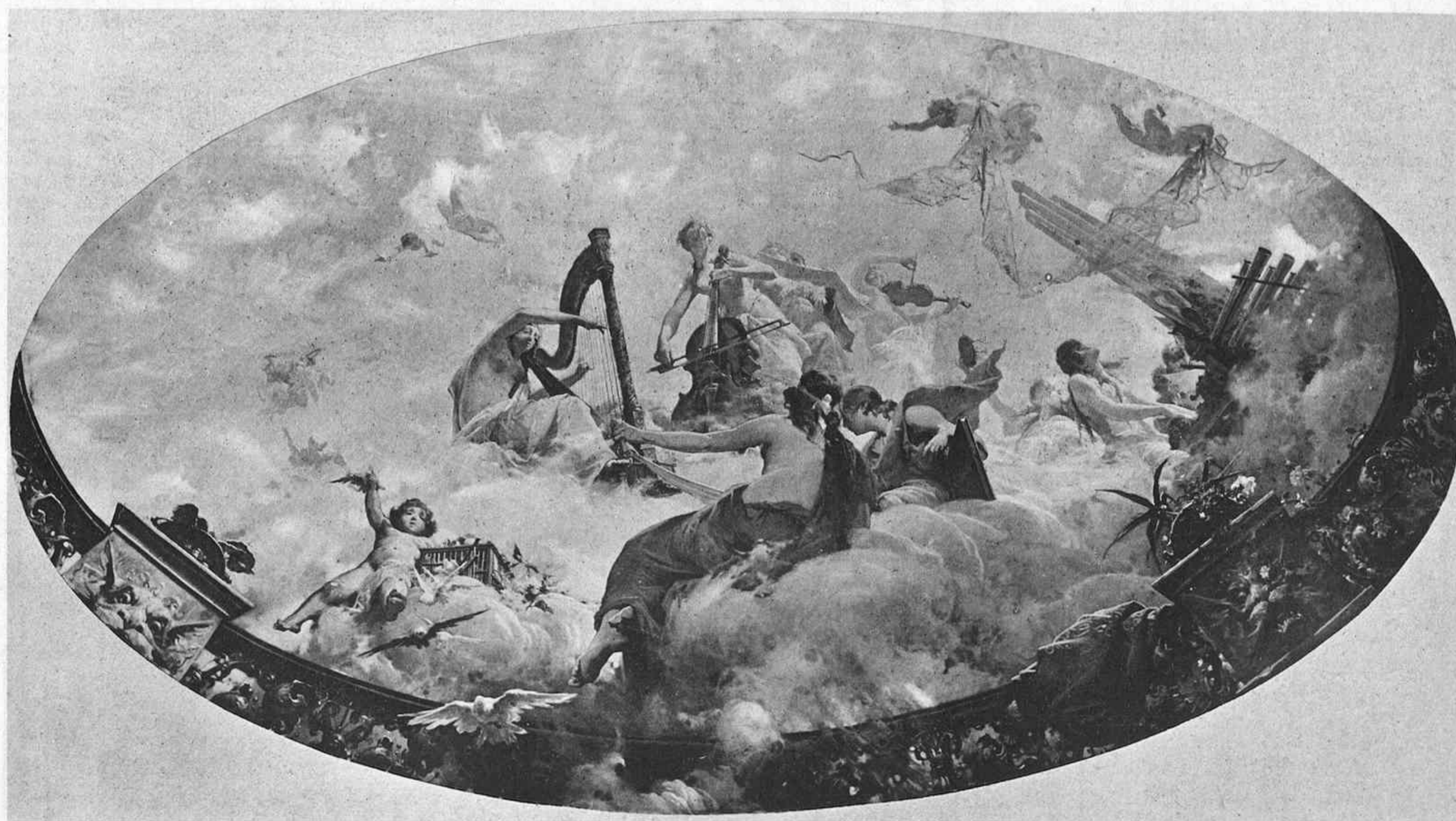
Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE
al **Bromuro de Potasio**
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histeria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Especieiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DE DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Agua Léchelle
HÉMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los organos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. - DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.



Alegoría de la Música, techo pintado por Ramón y Julio Borrell

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DE LABARRE

Jarabe de Digital de LABELONYE
 contra las diversas Aficciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Aficciones del Estomago y los intestinos.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXÍJASE el nombre y la úrma AROUD

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Aficciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
 F^{ia} BRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION
ASMA
 y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.
 25 años de éxito, Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ia}, F^o 102, R. Richelieu, Paris

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D' CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO. de PEPSINA BOUDAULT POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

PUREZA DEL CUTIS
 en Paris
 — LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEPÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 CANDES et C^{ie} B^o St-Denis, 40

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
 Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos.
 (Rótulo adjunto en 4 colores)
 PARIS: Farmacia LEROY Y en todas las Farmacias.